



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

**TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA
CREATIVA**

LIZA VIVIANA PULECIO SANTOS

LOS ASESINOS DE LA CALLE 27

BOGOTÁ 2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD

SEMINARIO ANDRÉS

BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

LOS ASESINOS DE LA CALLE 27

LIZA VIVIANA PULECIO SANTOS

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRO EN

ESCRITURA CREATIVA

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO: ANDREA SALGADO

BOGOTÁ 2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:

Maestra en Escritura Creativa

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

Los asesinos de la calle 27

3. SI AUTORIZO

NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Liza Viviana Pulecio Santos

Documento de Identidad:

C.C.: 52'7333.392

Firma:



DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Pulecio Santos	Liza Viviana

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Algorta	Alejandra

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestra en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Los asesinos de la Calle 27

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 45

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas,
gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al
trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

Tesis calificada con 5.0, Laureada.

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL	INGLÉS
Amor	Love
Crimen	Crime
Ficción	Fiction
Peregrinaje	Pilgrimage

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Los asesinos de la calle 27 cuenta la historia de 3 personajes en peregrinaje que encuentran puerto en una ciudad al sur de Francia. Su relato se va componiendo a través de historias paralelas que permiten al lector conocer los motivos de sus gestos a veces alucinantes, a veces desmedidos. Las rarezas de los amantes, las torpezas de los humanos enamorados, y el deseo de equilibrar las desproporciones del destino y de resarcir los corazones rotos, son los remanentes de los diferentes relatos –casos– que componen esta novela.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The Assassins on 27 Street tells the story of 3 characters on a pilgrimage who arrive at port in a city in the south of France. Their narrative is woven throughout 3 parallel stories that allow the reader to know the motives of their behaviors, which are sometimes astounding and sometimes disproportionate. The peculiarity of the lovers, the awkwardness of humans who have fallen in love, and the desire to set straight the

balance of destiny and mend broken hearts, are the remains of the different stories-
cases- that make up this novel.

TABLA DE CONTENIDO

Un corazón que no sangra	9
Parte I	
Los asesinos de la calle 27	16
La calle 27, el Hotel, el edificio y el sótano.	17
Benjamín	22
Estella	27
Rita	32
Rita, Benjamín y Estella	45
Parte II	
El caso del fantasma del Saint Victor	
El caso de la anónima	
El caso de Bau	
El caso de Madame Q	
El caso de los 22 engaños	
El caso de Nimue (o la encantadora historia del señor Encontrado)	
El caso del oficinista desaparecido (o la secta)	
El caso del guiso de corazón	
Parte III	
El caso del Santo	
El caso Frodden	
Epílogo	

Un corazón que no sangra

Una imagen: mi amor atraviesa con el puño derecho mi pecho y extrae mi corazón que aún late y, curiosamente, gotea muy poca sangre. Él lo observa con interés, algo entre la maravilla y el deseo goloso. Yo en cambio lo observo a él, aún viva y dolida, perpleja, sin entender muy bien lo que está ocurriendo. Pone mi corazón sobre la tabla de picar, y lo corta varias veces hasta dejarlo en pedacitos. En la sartén está el aceite hirviendo, ahí él agrega cebolla, ajo, tomate, orégano, y luego mi corazón desmenuzado. Prepara un buen guiso, un guiso de corazón. Yo no sé de olores en mi alucinación, ni de olores ni de sensaciones a parte del desconcierto. Cuando el guiso está en su punto, él sirve sendos platos y los pone en la mesa, uno para él y otro para su nueva amada. Los observo, comen con gusto los dos. Ella lo elogia por sus talentos como cocinero y yo no puedo pronunciar palabra. Este sueño vívido me acompaña por años, me acompaña incluso cuando he dejado de querer al perpetrador y ya no puede importarme menos, me acompaña hasta que puedo darle un nombre a lo que me ha atravesado. Porque al igual que la que tuvo esa visión, yo permanezco en un estado de perplejidad por mucho tiempo, antes de poder enunciar que tal traición ha sido un crimen. Un crimen mayor. La herida que abrió dejó tantas secuelas como lo hacen las afrentas físicas y materiales. Sin embargo, era poco lo que podía hacer entonces para resarcir tal crimen. Esta imagen, este sueño vívido, me rondó hasta que pude concebir una forma de desagravio.

Otra imagen, esta vez real: Voy en un carro camino a Niza, acabamos de dejar Saint Tropez en medio de la noche, llegaremos a Cannes en la madrugada. En el carro van dos amigos que en otro entonces quise mucho, un apenas conocido que nunca llegará a ser otra cosa más, y una chica fantástica que se volverá una gran amiga con el paso del tiempo. Es ella quien conduce, con tanta destreza, concentración y gusto que da envidia. Durante un buen rato he estado sentada en la silla de atrás en medio de mis dos amigos queridos, pero por fin, después de Saint Tropez, puedo cambiarme de puesto y sentarme en la ventana izquierda. Son los últimos días de octubre¹ de 2010 y el aire es fresco y

¹ El 30 de octubre de 2010 escribí en mi diario: “Estamos en Cannes, hace mucho frío y anoche hemos dormido en un carro. La cosa es que la vida de cinco personas en un carro no es fácil. Pero se hace lo que se puede, mejor, hago lo que puedo. Soy una anciana amargada y aburridísima de 27 años, que cada vez se quiere más a sí misma y menos a los otros, (anoche tuve una idea para un cuento sobre una asesina) ¿quién puede querer a alguien así?”

estático fuera de la ventana, por eso la conservo cerrada, sin que eso me impida ver el cielo, un tapiz de zafiro raído por el que la luz argentada traspasa en multitud. Sé que avanzamos a una velocidad constante, pero la imagen tras la ventana permanece fija, sin aburrirme. Entonces la imagino, es Estella. No se llama Estella en ese entonces, tiene el nombre de otro personaje renombrado de un libro que no había leído en aquella época y vergonzosamente, tampoco hoy. El nombre tiene una sonoridad que me costó conseguir en otros². Con el tiempo aparecerán Benjamín, que tampoco se llamaba así, y que tampoco se parecía a lo que es hoy. Y Claude, del que se conserva su personalidad, y la certeza de que debía llamarse como un emperador romano, pero que no llegó finalmente a ser tan central como en aquel entonces lo concebí.

Hacia un año vivía en Marsella y solo hasta ese momento empezaba a sentir fascinación por sus recovecos truculentos y por la forma curiosa en la que la luz se quedaba atrapada en los muros de sus edificios. También, había leído la *Historia abreviada de la literatura portátil* en mayo de ese año, y entonces me perseguía la imagen de Louise Brooks, y estaba obnubilada por las historias de *outsiders* en peregrinaje. Gentes de las *avant-gardes*, con sus propios códigos y requisitos, capaces de fundar una dimensión otra donde las reglas exteriores no los rijan. Si esta novela, o este ejercicio tuviera que inscribirse en una tradición o determinarse bajo una influencia, esta sería sin duda la de este librito encantador escrito por Vila-Matas, publicado en 1985.

Estas imágenes son mis motivos, volveré sobre ellas.

Antes quiero mencionar esta otra imagen que más que un motivo, apunta hacia una voluntad. Más que una imagen es un diorama de muchos recuerdos juntos: de niña veía cómo las mujeres se juntaban a contarse una vida que a veces ni siquiera era la suya propia. Las penurias ajenas alimentaban un relato de salvación y miedo: los abandonos, los matrimonios, los engaños, las resignaciones. Y el café con leche, los amasijos, la luz

La bella Molly Bloom que asesinaba por vocación y por encargo y cuyo padre –como ya se habrán dado cuenta– tenía un delirio por el Ulyses de James Joyce. Metódica y galante, como los galanes de los 50s, pero vestidita de blanco y negro como colegiala de los 20s, cabellito a la Louise Brooks, empezó a asesinar a los 12 años cuando el borracho Verdun se dispuso a quitarle lo niña muy tempranamente, tan rápido como pudo perfilo el inocente cuchillo del pan hacia su vientre y lo encalló sin retorno. Molly, la bella Molly Bloom, sintió el tierno placer de las tripas removiéndose, partiéndose para dar paso al infame cuchillo.

² Sin embargo, estoy muy satisfecha con su nombre, creo haber conseguido una buena mezcla entre sonoridad y sentido.

cálida atravesando los cristales de las lámparas que con tanto esfuerzo compró mi abuelo para embellecer la primera –y única– casa propia. Mi abuela tamborileando los dedos sobre la mesa, sacando suspiros como estertores, negando con la cabeza y contando que la comadre tal, hermana de la señora otra, había tenido que tolerar toda su vida un marido abusivo o unos malos hijos. Luego, otra de las presentes –mi tía Cecilia, o alguna de las primas– decía, con igual gravedad, que así le había pasado a la vecina Perencejita, pero que era todavía más grave porque el marido no era ni siquiera marido sino arrejuntado. Eran chismes, cada uno más truculento que el anterior, banalidades supongo, pero el hilo de sus voces juntas tejiendo el drama establecía una dimensión al margen de la rutina. Las horas pasaban distintas y la atmósfera era todo un nimbo, y yo quería y sigo queriendo que nunca terminaran esos paréntesis en medio de los hábitos diarios. Mi escritura es un esfuerzo por perpetuar esa atmósfera rara, fundada en voces femeninas aún secretas, graves y bajas por las confesiones vergonzosas, dolorosas y románticas. Persigo esa misma voz luminiscente que, con la anécdota y el chisme, lograba sustraer, encandilar y perturbar al que la oía.

Esta es, pues, una de mis voluntades a la hora de escribir este proyecto que inicio y que entrego hasta aquí, pero que seguirá extendiéndose hasta su término: la voluntad de abrir con mi relato una de esas dimensiones enrarecidas en las que el lector se abstrae. Un lector que sale del margen para entrar a un tiempo suspendido, a un reino luminoso y sonoro, a una atmósfera que le deslumbró y de alguna forma le trastocó. Quizá por esto mi empeño en labrar descripciones detalladas, del espacio dentro del espacio, dentro del espacio. Como si contara el interior de una muñeca rusa, que aparte de contener versiones reducidas de sí misma, contiene una serie de minucias, variaciones, cacharros y curiosidades³. Hay otro empeño por este mismo camino, y es el susurro, esa voz grave y baja que revela, que dice lo incorrecto, que se salta temporalidades, que murmura y que en el cuchicheo se acerca un poco más al lector. Las acotaciones, las infidencias, las historias dentro de las historias, hacen parte de la voz que quiero construir en este ejercicio.

Luego está esta otra voluntad, tiene que ver con algo que he dado en llamar el enunciado romántico o amoroso, y que describe mi intención de construir una historia

³ Pretendo hacer esto no solo con los lugares descritos, sino con los personajes, de los que dibujo su contorno, pero a los que también les diseño compartimentos, cajones de historias.

de amor. Justifico mi elección diciendo que de todos los enunciados, afirmaciones o historias, aquellas que describen la orbe romántica son las que me eluden invariablemente, así que efectuando un traslado hacia la ficción, persigo la enunciación romántica. Es una persecución que siento muchas veces fallida. Así como el enunciado amoroso se me escapa en lo factual, en la construcción del relato se va diluyendo con la aspiración de entenderlo y de darle un lugar dentro de otras categorías de enunciados que a veces lo contienen y otras veces lo encadenan a otros universos emocionales.

Dice la pragmática que un enunciado es un acto comunicativo que expresa ya sea un mandato, un deseo o una creencia. Me gusta concentrarme en el acto, en la acción, en el gesto. Dejar de lado esa equivalencia que a veces nos resulta fácil entre el enunciado y la oración, y pensar mejor que el enunciado es esa aura vital sin la cual la frase está desprovista de una intención auténtica. Sin el enunciado, pienso, no tendríamos historias, no tendríamos literatura, o, mejor, me cuesta pensar en una literatura sin gestos. Quienes escribimos, quienes que contamos historias, reconocemos en el enunciado una aspiración máxima: si nuestras oraciones, torpes o brillantes logran configurar imágenes nítidas y actos vívidos, podemos darnos por bien servidos. Sin embargo, ocurre diferente con el enunciado amoroso, establecer el gesto del que ama en el texto se me puede volver fácilmente un apelmazamiento de palabras muchas veces dichas, de lugares comunes, y de caminos recorridos en repetidas ocasiones. Todos alguna vez han dicho, “tengo el corazón roto”, “me duele el alma”, “te amo más que a nada”. Si no lo han dicho, lo han cantado, las canciones de amor están diseñadas para que el enunciado amoroso nos toque a todos, ya sea desde la fascinación o la fantasía.

Roland Barthes aborda esta cuestión en sus *Fragments del discurso amoroso*⁴. No se refiere en específico al enunciado amoroso⁵ sino al “te amo”⁶—el enunciado supremo del enamorado, sin embargo, su explicación me sirve bastante para entender cómo funciona, este enunciado en relación con el lugar común y con un carácter elusivo para mí. Él, que lo llama un ente curioso y una ficción del lenguaje⁷, dirá que no cabe dentro del concepto de enunciado, todavía más, dirá que no entra en las clasificaciones

⁴ Barthes, Roland (2008), *Fragments de un discurso amoroso*, Siglo XXI editores.

⁵ Que es un título que acuño, porque me sirve para acercarme a todas construcciones verbales alrededor del amor

⁶ p. 270

⁷ p. 273.

correspondientes a ninguna ciencia del lenguaje, ni a la pragmática, ni a la semiología. El “te amo” –o el enunciado amoroso, para mí– conforma una nueva categoría o un nuevo estado, Barthes lo llamará una *proferición*, algo que al ser dicho no ocupa en el intercambio comunicativo ningún otro lugar diferente del goce.

Él piensa en la música, y nos dice que en ella tanto como en la proferición, el deseo no es ni reprimido ni reconocido como si ocurre en el enunciado. Parece una afirmación oscura, pero quiero entender que Barthes nos habla de las limitaciones propias del lenguaje, donde solo tenemos rastros de los gestos insertos en la realidad, el enunciado, pese a su alusión al gesto, sigue enmarcado en las reglas del lenguaje, arbitrarias e imprecisas, entre otras contingencias. En cambio, cuando proferimos el enunciado amoroso –el “te amo” de Barthes– pasamos al reino de lo lírico, del goce pletórico, lejos de la transacción comunicativa regular⁸. La canción de amor es un grito en la voz de otro y cuando la emulo, cuando la canto y la tarareo me sumo a una voz universal, la de una emoción propia y prestada al mismo tiempo. Quizá por eso algunos hemos proferido la emoción amorosa antes que expresar otras emociones más, igual, o menos complejas. La radio suena en la casa, y la abuela y la mamá, también el abuelo, cantan la misma canción de amor. Y una, que apenas aprende a hablar, ya siente la piel erizarse con la declaración dramática, musical y sentida, de un desconocido cercano, un desconocido hermano.

Ha de pasar lo mismo con el lugar común que encarna un dolor antiguo y repetido incesantemente por aquel que lo padece. “Me voy a morir de amor”, “sin ti no podré vivir”, “eres todo para mí” etc, son también una proferición. Aprendemos estos lugares comunes de las canciones, sí. También de las ficciones televisivas⁹, de los relatos que nos rodean desde chicas (en las tardes, y las noches de café con pan, las mujeres contándose la vida, propia y ajena). Me pasa a mí que en mi pretensión de escribir, de enunciar, este lugar común amoroso, se me escapa. Quizá porque no se descifra o se desglosa como a un enunciado, solo se profiere. He querido, en estas páginas que entrego, darle la vuelta, ponerlo en otro espacio. No decir: “el corazón en mil pedazos”, sino irme lejos, rodearlo, y contar trozo por trozo lo que veo. Pero no se puede. Yo no

⁸ El “te amo”, que es afirmación, que parece demanda, no tiene en realidad una respuesta asertiva posible: “yo también” no colma la angustia y el sufrimiento, otro “te amo”, debe también ser proferido (deshacerse en exposición romántica), o el silencio, la no respuesta, que es la indiferencia mayor.

⁹ En las telenovelas la exageración de la afirmación, la repetición de la proferición, ponen el lugar común en el del enunciado nuevamente.

puedo. Del corazón destrozado, solo se puede proferir: “el corazón roto, en mil pedazos.”

Vuelvo a mi imagen inicial, el guiso de corazón. La herida enorme que toma tanto tiempo sanar, para que mi e vuelva a abrirse y esté siempre en carne viva, ese corazón macerado no es sino una imagen común, hartamente común. Está por ejemplo, el tres de espadas inclemente, saliéndome una, dos, tres, y hasta siete veces en las tiradas del tarot: un corazón, rojo, vivo, incandescente, atravesado no por una, sino por tres espadas. No en vano es una de las cartas más indeseables del tarot: serás tocado por un intenso dolor, sanarás, pero antes el dolor. Está ese corazón, que es el corazón de Cristo, y que aún en llamas soporta un lazo de espinas que lo aprisiona. O el que atraviesa Cupido con una flecha, porque no hay otra forma de amar si no es cargando una hendidura en el centro –izquierdo– del pecho. Se agotaría esta hoja si hiciera un recuento de todas las canciones que dicen: “Mi corazón te entrego yo mi amor, te pido que tú lo aceptes¹⁰”, “¡Oh! mi corazón se vuelve delator, traicionándome”¹¹. Y de todas formas, esto que hago yo aquí, ya lo hizo doña Margo Glanz, cuando nos pone a Nora Aguirre, para que nos cuente cómo el corazón de su Juan –ya no suyo– no late más. Nora hace una enumeración mucho más juiciosa de la que soy yo capaz de hacer.

Dos momentos son las raíces –motivos– de este ejercicio de novela, de estas 30 páginas y su continuación. Un corazón roto, y ese momento en el que encuentro una forma de resarcirlo. Vivía en una ciudad a nueve mil kilómetros de aquí y aunque fue un exilio feliz, la redención tomó su tiempo. La imagen de Estella aparece un año después de estar allí, un año de ser extranjera, otra, un año de hacer trabajos de servicio para los que no estaba preparada. La imagen de Estella y todo lo que empieza a germinar alrededor de ella, aparecen en esa ciudad de luz y sombra, que se volvió un abrazo blando, un lugar tierno, en el que finalmente pude tener mi habitación propia, mis quinientas libras¹², silencio y distancia para escribir. Fue en extensas caminatas recorriéndola que pude concebir un memorial del agravio que no fuera una perorata quejetas o una narración víctima que fracasaba por sus escasas herramientas. Fueron las experiencias

¹⁰ Canción de Alberto Vazquez, cantante mexicano, se llama “Significas todo para mí”.

¹¹ Gustavo Cerati increpando a su corazón débil, desconociendo lo que bien decía Pascal: el corazón tiene razones que la razón no entiende.

¹² Decía Virginia Woolf que era lo que hacía falta. No sé a cuánto equivaldrían 500 libras en el 2010, yo contaba con poco menos de 500 euros mensuales, y un apartamento de dieciséis metros cuadrados, y fue suficiente.

vividas al margen las que me permitieron construir un relato de la no pertenencia, escribir una historia sobre amores que se vuelven crímenes y para los que no hay otra justicia que la fundada en el reino extenso de la ficción. Fue en Marsella que el corazón volvió a su lugar, como en esas escenas del cine donde todo retrocede en el tiempo, se deshace el futuro y se crea otro presente, mi corazón no alcanzó ya a entrar a las bocas del amado y de su amante, regresó al plato, saltó de vuelta a la sartén, y dió un brinco directo a mi pecho, donde el pericardio lo volvió a acoger en su manto acuoso, y las redes venosas lo ataron nuevamente a mí cuerpo vivo pero doliente, y latió otra vez, y con cada latido la pena se fue, el dolor empequeñeció, y empezó otro romance intenso, un eterno romance conmigo misma y con esa ciudad azul, oscura y toda luz.

Aquel guiso, mi lugar común y herida abierta, es un corazón que no sangra. *Los asesinos de la calle 27*, se convirtió en una forma de latido vivo, que bombea un líquido feliz y rojo, que recorre el corazón reconciliado con la crueldad de los otros. Este ejercicio, además de ser un desagravio (una forma de equilibrar en la ficción lo que yo no podría jamás en la realidad), es también un voto de amor a la ciudad puerto. Es mi excusa para proferir el “te amo” pleno de Barthes, para atrapar ilusoriamente un enunciado vivo, que es el lugar común quizá, la canción en la radio cantada al unísono por todos los que aman, o aman imaginando amar.

Los asesinos de la calle 27

Maravillosa ciudad, sutil, toda luces y sombras.

Truman Capote

No sé si vuelva a verte después

no sé qué de mi vida será

sin el lucero azul de tú ser

que no me alumbra ya.

(José José)

La calle 27, el Hotel, el edificio y el sótano.

A la sombra y al sol, el edificio tenía un aire de tugurio olvidado. Le otorgaba a la calle un aspecto de desamparo estoico, que aunque no distaba tanto del de las calles cercanas, sí la hacía sentirse más arrastrada al olvido o a la extinción. Como casi todas las construcciones del puerto, el edificio estaba hecho de roca caliza y por eso era del color de los acantilados, de las colinas secas del mediterráneo y la Provenza. Esto hacía que la luz que lo tocaba durante los días azules enteros se quedara refractada en sus muros porosos incluso en las noches más oscuras. El privilegio de esta luz ubicua no era exclusiva del edificio, ni de esta calle, pasaba en toda la ciudad puerto que había aprendido a perderse entre la blanquecina presencia de las montañas escarpadas y los farallones que la rodeaban.

Pese a esta afortunada iluminación mediterránea, el edificio parecía cubierto por una pelusa grisácea que lo hacía ver opaco y sucio. Quizá era del hollín que dejaban los trasatlánticos que aparcaban no tan lejos de allí. De seguro nadie se había ocupado nunca de sus paredes frontales: el tallado que exhibía encima del portón principal estaba desfigurado, y solo con mucha atención se podía descubrir la figura de un antiguo Poseidón sosteniendo su tridente. Sin embargo, lo que en realidad delataba el lamentable desamparo del edificio, era el aliento helado que salía por sus rendijas y persianas desvencijadas. Para colmo, con el tiempo había contagiado de su desolación a la calle entera, y había de lado y lado varias edificaciones lánguidas, de las que no se podía afirmar con claridad qué clase de habitantes tenían, porque muy pocas veces se veía a alguien entrar o salir por sus puertas.

Cierto, no había sido nunca la parte más concurrida de la ciudad. Su cercanía con el puerto industrial la había hecho una zona dedicada a oficinas de la aduana o al comercio marítimo. Los restaurantes proliferaban manzanas antes, cerca de la Catedral y del Viejo

Puerto, donde los turistas aprendían a tomar pastís¹³ en las terrazas soleadas y gélidas, o soleadas e hirvientes, según fuera la estación. Había, sí, algunos edificios de apartamentos que quizá les sirvieron a los marineros de antes, pero que ahora parecían servir a los funcionarios que trabajaban en el puerto, aunque nadie los viera. Cuando el puerto de los viajeros se trasladó a las afueras, quedaron solo dos Hoteles: al primero solían llegar algunos turistas que, confundidos con la ubicación, creían estar cerca de las atracciones del centro y terminaban yéndose al ver que en las noches la soledad y la calma del lugar eran más bien pasmosas. Al segundo solían llegar los personajes más inquietantes del puerto, los que estaban del lado de lo espectral e invisible, y también los que, al contrario, era imposible no ver o no temer. El letrero decía “Hotel”, solo eso, pero era más bien otra cosa, un vestíbulo congestionado con un bar al lado, donde quien servía las copas era el mismo que registraba a los huéspedes, que en realidad no eran tantos. La mayoría solo se instalaban en los sillones de espera a hablar de Dios sabe qué con los que iban llegando, esos mismos se trasladaban en ocasiones al bar y algo tomaban antes de volver a las poltronas a seguir hablando de sus asuntos. Esta rutina se repetía hasta la madrugada, cuando sus visitantes regulares por fin se desaparecían en la oscuridad.

El edificio quedaba en la manzana opuesta al Hotel, y compartía la misma aura de abandono y rareza. Uno podría decir que era una cualidad de toda la zona aledaña a los muelles, pero en realidad era la calle 27 la auténtica singular, y el responsable era ese edificio huérfano que terminó por darle su nombre. Tenía seis pisos y una terraza, ocupaba la esquina oriental izquierda e iba hasta la mitad de la cuadra. Había una entrada en esa esquina, pero estaba clausurada y la que parecía funcionar estaba en la mitad de la manzana. Era sobre esta que se encontraba el Poseidón desgastado. Bajo él se podía ver un enorme número 27 hecho de hierro, cubierto de bronce y ornamentado a la manera del art nouveau. Luego estaba el enorme portón de madera, tan ajado como el resto. Era un error común creer que ese 27 era la numeración del edificio (que de hecho era el número 33). Veintisiete era, efectivamente, su nombre. Por lo mismo, se había

¹³ El pastís es la bebida acostumbrada del sur de Francia, reemplazó a la absenta cuando la sacaron del mercado en 1915 por su exagerado contenido alcohólico. El pastís también tiene una alta concentración alcohólica y está aromatizado con anís -verde y estrellado-, regaliz y a veces hinojo. No hay que confiarse y creer que tiene efectos menores a los de la absenta, beberlo solo, es enfrentarse a una repugnancia ardiente y a una resaca sin precedentes, por eso se sirve en un vaso de caña alta con agua fría y cubitos de hielo si se prefiere. Servido así, acompaña tardes al sol y noches de verano felices e inagotables, sin consecuencias lamentables.

vuelto hábito llamarla *Calle 27*, aunque su verdadero nombre era *Calle Paul Éluard*. Sin embargo, es de suponer que por el tamaño del número sobre el portal se hizo más fácil recordarla como la calle 27, del edificio 27 (en realidad el 33 de la calle Paul Éluard). Al borde de la acera del frente, reinaba el Hotel y parecía mirar de reojo, con algo de desconfianza, el número y el ajado Poseidón. Luego, al final de la calle 27, o calle Paul Éluard, estaba el muelle de la Joliette que se extendía sobre el mar, acercándose a las embarcaciones que nutrían con sus cargas, toda Francia, y buena parte de Europa.

La desolación del edificio no era gratuita, en efecto, estaba deshabitado. Seis pisos íngrimos que habían servido alguna vez como oficinas o como apartamentos a los que a veces llegaban algunos de los personajes más insólitos del puerto. Aunque era siempre por períodos muy cortos, como si la naturaleza de sus muros repeliera las respiraciones y la calidez de la sangre bombeando. Una lástima, porque varias de las oficinas conservaban sus muebles en buen estado, también los apartamentos contaban con camas, mesas, armarios, sillas y más sillas. Varios tenían hasta estufas y si alguien se daba maña podía garantizarse agua, calefacción y luz eléctrica.

Pocos sabían que, aparte de sus seis pisos, el edificio se fundaba sobre un amplio sótano que pudo ser en el pasado una bodega para almacenar alimentos o un refugio durante las guerras, aunque por su pinta ambas opciones eran poco probables. No era sencillo darse cuenta de que estaba allí. Una vez franqueado el portón, se estaba frente a unas escaleras que de inmediato demandaban ser subidas, sin dar mucho tiempo para contemplar las paredes de la planta baja, cubiertas de madera deformada por la humedad. Tampoco tiempo para detectar que debajo de las escaleras había una pequeña portezuela que llevaba a otras. Era una hilera de escalones que desembocaba en un pasillo más bien angosto y oscurísimo que terminaba en una puerta que a su vez daba a unas escalinatas en espiral, que descendían en la más absoluta ausencia de todo, como si se dirigieran directo al centro incandescente, pero que en realidad se estrellaban con un piso rígido e inquebrantable de mármol rosado¹⁴. Allí, la amplitud del sótano era sorprendente: unos cuatrocientos metros cuadrados de tinieblas que aquel que sabía atravesar podía ver en su esplendor, porque así lograba llegar a los interruptores y encender las majestuosas lámparas doradas de bombillas cristalinas, cuyos ornamentos caían rectos a veces, curvos después. Su luz, tan vieja como la construcción, revelaba

¹⁴ Color del que nos enterábamos solo si hacíamos nuestro descenso con linterna en mano.

otra sorpresa: cinco anaqueles en fila, unos al frente de los otros, con cajas, carpetas, cuadernos y libros en un aparente orden, etiquetados con un código incógnito a nuestros ojos. Luego, después de los anaqueles, cuatro escritorios puestos en cruz, límpidos, con muy pocas cosas encima, tan pocas que era imposible descifrar que cada uno correspondía a una persona diferente. Y al final, en el muro que cerraba el sótano, dos puertas: una que daba al inodoro, al lavamanos y a un viejo bidé, y otra que al abrirse se internaba en la más densa y espeluznante de las oscuridades.

Los cuadernos llevaban en el lomo un trozo de cinta de enmascarar con números y letras mayúsculas en lugar de formar palabras conocidas eran un código incomprensible. Cada cuaderno llevaba en su interior diferentes caligrafías: una estaba compuesta de garabatos abigarrados, escritos con tanta intensidad que hundían el papel y lo hacían al tacto un murmullo de montículos. Otra era ilegible porque las letras no terminaban de cerrar y lo que era un círculo se volvía una elipse sin fin, las *a* eran *u* y las *o* eran *c*, y así. Estaba esta otra, que era difícil de leer por la distancia que había entre las letras, que igual seguían agarradas por largos trazos que bailaban en el papel restándole sentido a la palabra escrita, con un resultado muy parecido a la receta del doctor. Por último, la que más aparecía en los cuadernos era una letra cursiva, redonda y juguetona que se daba lujos con el espacio y subía y bajaba más allá del renglón, y agregaba arabescos inoficiosos en caracteres que no solían llevar ningún adorno¹⁵. Había fechas puestas como enunciados, escritas en otro color o en otro tamaño, y abajo en paréntesis un nombre y lo que parecía ser una descripción¹⁶.

Las carpetas eran de diferentes tamaños y grosores, y estaban llenas de recibos, facturas, fotocopias, algunas pocas fotografías y un par de impresos como volantes y folletos. En la portada se leía un número y un nombre.

Las cajas, también enumeradas con letras y números, contenían objetos de diferente categoría. Desde tazas de café desportilladas a utensilios de platería antigua, porcelanas, bufandas, cajetillas de cigarrillos, casetes, frascos vacíos, frascos de perfume, relojes, de

¹⁵ Esa era la letra de Rita, que era la que más disfrutaba al rayar la hoja en blanco. Ya, en su momento, llegaremos a ella.

¹⁶ Se trataba de anotaciones breves como: “Celos y manipulación, silencios repetitivos”. En otra carpeta leemos: “Infidelidad recurrente, mentira patológica.” Que quizá daban pistas al que buscaba algo específico en la carpeta, o al lector desprevenido, que a lo mejor quedaba más despistado con la nota que sin ella.

pared, de pulso, billeteras, camisas, joyas, labiales, medias sin par, medias pantalón, cinturones, tirantes, floreros, espejos de cartera, carteras, anillos, copas, zapatos, pinceles, lámparas, teléfonos, anteojos, gafas de sol, bifocales, cajas de colores vacías, frascos de pastillas, manteles bordados, cuchillos, dagas, calzones, látigos, revólveres, sobres con cocaína, encantamientos escritos en servilletas, botones, prendedores, perillas de puertas que ya no volverían a abrir, pipas, muchas pipas. Fruslerías que semejan los objetos memorables que almacenan las personas, sin mucha coherencia para aquellos que desde fuera los observan, pero que al estar en estas cajas revelaban un secreto.

Los libros, en cambio, estaban ordenados por materias. Eran pocos, no alcanzaban a completar una estantería entera, pero sus temas eran variados e inconexos. Resultaba imposible creer que fuera la biblioteca de una sola persona. Claro, porque no lo era.

Después de repasar aquel material, uno podía entender que se trataba de una especie de archivo que documentaba historias, historias contadas por otros, pensadas y repensadas por otros, historias cuyo final fue escrito por otra mano, y sobre todo, historias de amor, oscuras, primaverales, con caminos escarlata, con purpurina sobre sus cuencos vacíos, hechas de estridencias y desacordes, rugosas, acres, insoportables al tacto o, envolventes y vitales, fatídicas también, sí, vitales y fatídicas.

Benjamín

Este archivo existía por la obra y gracia de Benjamín Vila, un maniático del registro, la memoria, la cuenta y el detalle. Disfrutaba enormemente componer relatos a través del tiempo, relatos que pudiera documentar con la mayor cantidad de pruebas materiales y de toda posible anotación. Lo había hecho desde niño. En sus cuadernos escolares tomaba nota atenta de todo lo que el profesor decía o escribía en el tablero, pero en las hojas traseras apuntaba lo que había comido en el recreo, con quiénes había hablado y otros detalles, como el color de la diadema de la niña de su devoción, quiénes cambiaban de amistades y quiénes la pasaban solos –como él–. También le gustaba llevar listas: lista de sus protegidos imaginarios, lista de sus enemigos a muerte, lista de los profesores favoritos y lista de aquellos que recibirían, algún día, un huevo estrellado en el parabrisas.

Luego, en su vida laboral, había hecho lo mismo: anotaba la pieza solicitada, la fecha, la hora, los materiales necesarios y dónde conseguirlos. Anotaba también cuál era el objetivo de la pieza, para qué sería usada, y cuáles eran sus probables usos alternativos, cuáles sus posibles fallos, dónde iría instalada, etc. Pero lo más importante que registraba era quién solicitaba la pieza y con *quién*, quiero decir, quién en realidad era esta persona, no solo su nombre o su ocupación, o su edad, sino sus gustos, sus rutinas y sus aspiraciones. Había pasado la vida entera entrenándose para comprender a las personas con un muy escaso trato y con pocas palabras de por medio, porque Benjamín era un solitario consagrado que llevaba años de continua introspección. Sus lazos con el mundo exterior eran tan limitados que fácilmente podía ser comparado con un monje o un ermitaño.

En su Barcelona natal, asustaba a sus padres con sus silencios prolongados. Les angustiaba pensar en el futuro de un hijo que era incapaz de tener un amigo, a quien le costaba tanto contarles sus tristezas y alegrías. Pensaron que con un hermano la situación cambiaría, pero hubo una hija y un hijo más, y tampoco con ellos lograba soltar palabra. Sabían que no era un mal muchacho, tenía buenas calificaciones y nunca recibieron quejas por su comportamiento. Pero notaban su recurrente capricho de ir

recogiendo por ahí nimiedades absurdas y su costumbre de aprovechar cualquier descuido para tomar nota de algo que de repente le llamaba la atención. Se hizo amigo cercano de las libretas de notas y sabían que nunca fallaban si le daban de regalo una. Sabían también que lo hacía feliz pasar horas en el taller del padre, que era carpintero, soldador y reparador de cacharros varios.

Cuando llegó a la adolescencia, ya era experto en desarmar y armar casi cualquier objeto que se le atravesara. Luego ocurrieron dos sucesos¹⁷ que le hicieron aún más peculiar de lo que era, y entonces sus apuntes ya no eran solo prolijos en las descripciones de los otros, sino que empezaron a concentrarse en la composición de ese todo extenso que se iba diluyendo en presencias chicas y grandes, útiles y reconfortantes. Materias en moldes diferentes, materias de colores lustrosos, materias contenidas de otras materias hechas cables, conexiones, botones, tornillos, resistores, y cuanto cosa más pueda uno imaginarse que sirva para pasar energía o crearla, o para mover la misma materia. De ahí que aprendiera también a insertar cosas en la realidad, cosas que él mismo había fabricado con sus ideas y sus manos. Lograba componer piezas complacientes e incluso lúcidas, usando una intuición que lindaba con la tarea del artista. Ninguna sustancia parecía un reto: madera, metal, plástico o cualquier tipo de fibra; todas le eran familiares y maleables cuando tenía una idea en mente.

Al terminar el bachillerato empezó estudios de física, pero nunca los terminó por un incidente romántico que terminaría definiendo su verdadera profesión, y si no

¹⁷ Uno, la muerte de su madre, Benjamín tenía 13 años. Fue un accidente absurdo –como muchos de los accidentes suelen ser–, una cortadura desatendida que ocasionó una septicemia. Y dos, la llegada del primer amor que, irónicamente, ocurriría durante la velación de la madre. Allí vio entre los varios familiares que llegaron, el rostro de una chiquilla que en ese momento le recordó el rostro lánguido de los dibujitos japoneses, los ojos enormes, acuosos y brillantes; la boca, una cereza diminuta y la piel blanca y pálida. Era su prima Ana a la que no veía desde los seis años, y que no recordaba tan fascinante como aquel día le pareció.

Fueron cuatro años en los que no hubo otro anhelo más fuerte, que el de volver a sentir el aliento de fresas artificiales de la prima Ana, el mismo que había sentido cuando se acercó a darle el pésame. Era hija de un hermano de su madre y casi no los veían porque se habían ido a vivir a Cádiz desde hacía un buen tiempo. Ese obstáculo fue su primer impulso para crear una estrategia de conquista a distancia: le fabricaba y enviaba curiosos artefactos, como rompecabezas que develaban el misterio del pretendiente secreto, flores artificiales que reproducían las baladas de la radio o caleidoscopios caseros con piedritas cristalizadas que conseguía en la mercería del barrio. Nunca supo si recibía sus regalos o, si eran de su agrado o, si al menos en algo sospechaba que era él quien se los enviaba. Lo que sí supo, fue que a la fiesta de su graduación llegó con un novio, su hermana Lorenza le mostró, encantada, la foto en la que la pareja posaba a punto de besarse en los labios. Esa fue la primera vez que le rompieron el corazón a Benjamín, y la herida que dejó, aunque silenciosa, era tan pestilente como la que mató a la madre.

verdadera, sí la que nos interesa aquí. Por su carácter introvertido cultivó siempre amores platónicos, que nacían de gestos la mayoría de las veces malinterpretados. Afortunadamente, contó con la perspicacia necesaria para reconocer sus errores en el momento adecuado, no sin antes dejar el registro correspondiente. Eso, sin embargo, no lo salvó de implementar las estrategias del enamorado sigiloso: persecuciones discretas, contemplaciones distantes del objeto amado y eventuales recolecciones de objetos simbólicos, susceptibles de ser tesoros que le acercaran a la amada o pistas que le ayudaran a descifrarla. Estas estrategias le habían garantizado el anonimato la mayoría de las veces, hasta que en la facultad cometió lo que llamaremos un error de cálculo y su habitual cautela falló¹⁸. Por suerte, tal vez, solo el padre se enteró. Avergonzado, le

¹⁸ Mientras cursaba su tercer año en la facultad, Benjamín se enamoró de Lucía Castelló, cosa que le cambió la vida. La vio por primera vez cuando la ayudó a bajar del bus en la parada de la Universidad. Creyó sentir una aguda mirada de su parte mientras él la sostenía con su brazo derecho, y antes de soltarla, se detuvo en su cabello castaño, claro, brillante, largo, delgado, liso. Y en su olor, a verbena quizá o a algo cítrico en todo caso. Casi de inmediato la empezó a seguir, hasta que supo sus horarios, qué clases tomaba, quiénes eran sus amigos, dónde quedaba su casa, cuáles eran los libros que leía, la música que escuchaba, su ropa favorita, incluso llegó a saber quiénes eran los integrantes de su familia. Le alivió bastante saber que Lucía no tenía un interés amoroso, todos los que la rodeaban parecían amigos, tal vez unos más cercanos que otros, pero nadie que representara una amenaza. Esta vez su estratagema fue la espera. Creaba en su cabeza escenarios nutridos de circunstancias y accidentes favorables en los que se encontraban, cruzaban palabras divertidas, tomaban café, compartían una cena, y luego, naturalmente el amor: ella entre sus brazos, ella dormida a su lado y su cabello entre los dedos. Sin embargo, la espera se dilataba y se dilataba, sobre todo porque el mundo de Lucía parecía impenetrable, funcionaba en una perfecta sincronización en la que nada parecía sobrar o faltar, no había fisuras, ni momentos de soledad. Visto desde afuera la felicidad y la tranquilidad eran sus estados naturales.

Quizá fuera así, quizá no. Al cierre del semestre, cuando Lucía salió con sus amigos a celebrar. Se sentaron en una terraza al sol y era ella la que a veces iba a la barra para pedir tragos. Benjamín se sentó ahí pensando que podría abordarla cada vez que se acercara, pero una vez allí, se limitó a observarla ir y venir. Hubo un momento, en el que Benjamín estuvo seguro de que ella se había percatado de su mirada intensa, y contrario a lo que alguna vez soñó, la reacción de Lucía fue un gesto de espanto. De la nada, un filipichín apareció, se sentó al lado de ella y pronto se volvió el galán de la noche. Pensó en irse, nuevamente con el corazón roto, pero una determinación inexplicable lo obligó a quedarse sentado en el mismo lugar, bebiendo un licor tibio, imaginando con ardor todo lo que no tendría nunca. Los amigos de Lucía se fueron yendo de a pocos, hasta que se quedó sola con el pelele ese. Parecían conocerse de años atrás, aunque solo llevaran unas horas hablando. Reían, y pedían una y otra copa más, así hasta que el bar cerró. Lucía parecía haberse olvidado de Benjamín y no se percató de que, al salir agarrados de la mano, Benjamín iba a sus espaldas.

Caminaron hasta el Barrio Gótico entre risas, abrazos y besos, hasta que se internaron en uno de esos pasajes sin retorno. Benjamín también llegó hasta allí, con media alma no más, pero igual se quedó. Se recostó contra un muro, aún cerca, y quiso llorar, pero no supo cómo, no tenía cómo. Hubo un silencio, uno largo, quizá propio de la madrugada, pero en medio de este, pudo escuchar algo que no parecía un quejido de placer. Era la voz de Lucía, su grito a través de algo que quería acallarla. Con miedo a encontrarse con una intensa escena de pasión, se acercó al callejón y pudo ver cómo el hombre trataba de abusar de Lucía. Entonces su mente se nubló, se abalanzó sobre él y torpemente trató de darle un puño. Lucía gritaba, lloraba. El golpe se dirigió a otro lado, el tipo que estaba bastante ebrio no enfocaba bien sus fuerzas y tampoco lograba asestarle el puño a Benjamín. Iba a iniciarse un forcejeo, cuando al tratar

recomendó que se fuera de la ciudad y que hiciera su vida en otro lugar antes de padecer los rigores de ser un paria o de ser seguido por la policía.

Tenía diecinueve años cuando inició su periplo por el sur: Gerona y Figueres, en las que se detuvo muy poco por el temor a ser encontrado, aunque no tenía certeza alguna de estar siendo realmente perseguido; pasó pronto la frontera hacia Francia y empezó a habitar ciudades como Perpiñán, Montpellier, Nimes y Arles. En ninguna se quedó por más de un año, no porque le costara encontrar trabajo, (sus artes como carpintero y reparador le garantizaban una buena clientela a donde fuera) sino porque no encontraba en ellas lo que encontró en esta ciudad puerto: la garantía del completo anonimato. De repente, y sin saber cómo, inició un romance entrañable y para siempre con ella, con sus cielos azules enteros, con su iridiscencia incomparable y con su triste afección: tener la mayor cantidad de habitantes dementes por metro cuadrado. Aprendió a conocerla bien, en serio muy bien, a toda, toda ella. Caminaba noche y día, se internaba en los lugares recónditos del puerto y los laberintos propios de una ciudad vieja. Nunca tuvo miedo de su violencia secreta y quizá por eso nunca resultó herido.

Instaló su taller en el antiguo barrio del Canasto, contiguo a los muelles y al Viejo Puerto, pero prefirió vivir en el séptimo distrito, que al estar en la parte más alta de la ciudad daba sensación de respirar un aire más afortunado. También porque pudo encontrar un apartamento amplio último piso, con un balcón sencillo que daba al oriente y desde el que se veía el Mediterráneo a lejos. De todas formas, cuando se trataba de su oficio preferido, el de contemplar a los otros en sus naturalezas diarias, prefería estar en el Canasto. Hubo un momento en el que incluso pensó en trasladarse allí, más cerca de su trabajo y del movimiento de la gente. Solo que por ese mismo entonces empezaba a sentir el intenso punzón del enamoramiento por una chica que vivía en su edificio¹⁹. El plan de mudanza murió como una idea remota, y lo que hizo fue seguir dándose largas

de sujetarlo por los hombros, su oponente perdió el equilibrio. Su cuerpo se desplomó en un sonido seco: la cabeza de aquel hombre golpeando el empedrado. Lucía se acercó angustiada al rostro del hombre y gritó: –¡No respira! – Y al decirlo, miró de frente a Benjamín y debió reconocerlo de antes, porque volvió a gritar aterrada. Él trató en vano de calmarla, pero ya para ese momento la chica estaba del otro lado del terror y solo gritaba –¡Lo mataste joder! ¡Lo mataste! –En ese momento, Benjamín tuvo un instante de lucidez y comprendió que aferrarse a ella solo podría significar un destino catastrófico. La dejó gritando y llorando tendida en el piso junto al posible cadáver. Ese fue, probablemente, su primer crimen.

¹⁹ Tendremos los pormenores y sus implicaciones en *El Caso del fantasma del Saint Victor*.

caminatas por los muelles, el puerto, y todo el borde del mar, hasta llegar a su casa en la mitad de la noche.

Fue en esas caminatas en las que encontró el Hotel. Una noche oscura en la que había caminado unas cuantas horas, entró, se sentó en el bar y pidió un pastís. Mientras se lo tomaba, observó el extraño edificio abandonado del frente, con su Poseidón desdibujado y su enorme e inverosímil ²⁷ encabezando la entrada. Con el tiempo se hizo asiduo al Hotel, y a la contemplación de sus ocupantes raros, con los que a veces, casi con naturalidad, interactuaba. Cada vez que atravesaba su umbral, se sentía al interior de un paréntesis, donde la realidad era suprimida por formas de silencio que hasta ahora desconocía. Formas que eran palabras en otras lenguas, u onomatopeyas en acalorados juegos de cartas, tamborileos de dedos sobre la mesa, y murmullos rítmicos, acompasados, la música de la calma. El Hotel y sus habitantes eran un espejo nítido de la anomia que padecía Benjamín, bastaba mirarlos a los ojos, para darse cuenta que compartían el deseo de desaparecer y el gusto por ciertos hábitos nocivos. Los secretos y los delitos componían un código que todos compartían en aquella sala de espera, un lenguaje propio y velado, sin duda milenario, que todos empleaban con naturalidad y algo cercano a la cautela. Sin duda, sabían con quién hablarlo, con quien callarlo, sabían convertirlo en silencio: tamborileos de dedos sobre la mesa, onomatopeyas, murmullos. El Hotel fue su gran descubrimiento, uno de esos que cambian la vida, uno de esos que ponen en ruta el destino que se supone nos asignaron.

No fue él, sin embargo, quien encontró el sótano encantador que durante aquel tiempo los acogió, fue Estella quien se lo reveló cuando apareció en su vida. Los primeros casos los atendió en el Hotel desde luego, donde otros tantos asuntos oscuros se resolvían. Fueron muchos los episodios sorprendentes que vivió en ese lugar, sentado en esos sillones raídos aprendió el útil arte de volverse otro para conseguir información y pactar acuerdos provechosos. Aprendió el rol del detective, el del negociante, el del cómplice y hasta el del amigo.

Estella

Fue en ese lugar en el que vio a Estella por primera vez, y su presencia ocasionó un pequeño dislocamiento entre el espacio y el tiempo. Todo se detuvo y pareció fundarse, en pocos segundos, otra dimensión para que solo ella se moviera. Era una criatura extravagante, de cabello oscuro y corto, a la Louise Brooks, vestida siempre como una colegiala de luto, y tan alta que no había trajecito que le alcanzara a las rodillas. Desde luego no correspondía ni remotamente con el resto de personajes que circulaban regularmente por el Hotel, pero por alguna razón la aparición de Estella no se sintió como una intromisión. Una vez se sentó en la barra del bar, el aire regular del Hotel pareció restablecerse. Karim, el argelino que todos confundían con un mesero, le contó a Benjamín que su aparición ocurría de tanto en tanto, cada vez que aquella singular mujer requería algo que en su reino secreto no podía encontrar. Aquel acontecimiento era recibido por todos en el Hotel como una bendición.²⁰

La segunda vez que la vio, fue otra vez en el Hotel. Hablaba árabe con dos hombres en una mesa del rincón mientras tomaba té de menta, sonreía discreta como una porcelana, pálida y rígida. Ese día la detalló con cuidado y le pareció, en efecto, una mujer ajena a cualquier cosa factual y concreta. Parecía inventada, dibujada sobre el molde de la realidad con un propósito incierto. Como si no fuera a morir, como si ni siquiera hubiera nacido y como si no la atravesara ni el tiempo, ni las emociones, mucho menos sus secuelas.

Se sabía muy poco sobre ella. Que era rica, que era extranjera, inglesa probablemente, aunque algunos apostaban que era alemana. Benjamín descubriría que no hablaba con acento, –ni el francés, ni el árabe, ni el español, ni el catalán–. No estaban seguros de que viviera en la ciudad, y ni siquiera de que viviera en el sur de Francia, uno que otro sospechaba que solo viajaba allí por asuntos muy concretos. Otros en cambio sostenían

²⁰ Karim no estaba tan lejos de la verdad, Estella vivía en ese entonces en el Bosque de Luminy, muy cerca del camino que llevaba a las Calanques de Sormiou, y al mar en pleno, pero en realidad a menos de una hora del Viejo Puerto. Era una mansión antigua que pese al salitre había resistido muy bien los años, y seguía siendo fresca. Fresca y discreta, porque entre las arboledas no era fácil de percibir, los caminantes rara vez se la topaban y solían rodearla sin siquiera darse cuenta. También era cierto que Estella iba cada tanto para abastecerse de la reserva de rarezas del lugar y a enterarse de alguno de los datos peligrosos y jugosos que circulaban en el tráfico velado del Hotel.

que debía venir de alguna de las antiguas familias de mercantiles marítimos que llegaron después de la guerra. Y no faltaban tampoco los que creían que Estella era una sobreviviente cántara, sacerdotisa de los primeros ritos, espíritu de las entrañas del pasado, bruja si se quiere, o mejor vampiresa, espectro con forma humana. Pero desde luego, no les constaba nada. Visitaba el Hotel desde hacía algunos años, y desde la primera vez se había desenvuelto con una gracia particular entre aquel grupo de desarraigados. Nunca puso una barrera en su trato, de hecho, después de las primeras visitas saludaba a varios con familiaridad. Lo cierto era que todos reconocían en ella un hálito de otro mundo, y ninguno se atrevía a preguntar demasiado, porque temían respuestas sobrenaturales o cruzar barreras que la incomodaran y la alejaran. Además, nadie allí incurría en preguntas estorbosas sobre el origen y el destino de los presentes. Todos terminaban enterándose de las historias de los unos y los otros, porque era una red chica en la que se descubrían los secretos e instantáneamente quedaban enterrados. Había un pacto tácito de silencio absoluto que nadie jamás había violado. La única excepción era Estella, de quien solo se tenía sospechas, algunas vaguedades por los pocos indicios que dejaba y que alimentaban ese extrañamiento que les causaba.

Quienes sabrían tiempo después algunas pistas acertadas sobre su pasado, serían Benjamín y luego Rita²¹. Que se llamaba Estella Hawke, que había nacido en Inglaterra, y desde muy niña había vivido períodos cortos en diversos lugares. Había heredado una buena fortuna y su guardarropa se había fundado como una institución con una tatarata-tatarabuela que coleccionaba lujos y extravagancias y que le había pasado el hábito a su hija y esta a su hija y así, de esta manera, hasta llegar a Estella, que se podía dar el lujo de ponerse uno de los primeros pantalones Chanel de los que se supiera e incluso diseños únicos de Schiaparelli. Tenía costumbres de anciana, como desayunar con agua tibia y limón, y costumbres de mujer de otro siglo como aspirar rapé, beber ajeno y disfrutar el encanto decadente de doparse con láudano. Pero también sabía ser moderna y fumar hachís o esnifar ketamina. Llegaron a saber que disfrutaba largos baños con sales y agua hirviendo, bailar y ver bailar, pero por sobre todas las cosas lo que más disfrutaba era tener entre sus manos un cuerpo palpitante, vivo, vivísimo, respirando con intensidad como si fuera la última vez. Un cuerpo vulnerable, frágil y en entrega, dispuesto a amar o a morir, o a las dos cosas, que a ella se le parecían tanto.

²¹ Sabemos lo que sabemos (y sabremos mucho más), gracias a los diarios de Rita quien nos daría la descripción más cercana posible a la verdadera Estella.

De esto último se enteraría Benjamín la tercera vez que la vio. Y aquella experiencia tan cercana al horror y a la belleza le permitió entender que la rareza que emanaba de Estella no era simplemente una pose o algo que se pudiera achacar a su poder de seducción, se trataba de una fuente propia, algo en su centro, en su esencia, que la hacía excepcional. Fue durante el caso de Bau²² que el mismo objetivo los hizo cruzarse y terminaron siendo colegas. Un equipo extraño al servicio de una tarea estorbosa y mal vista, pero redentora. Eso: redentora, esa es la palabra.

Estella cerró aquel caso en el edificio 27, en concreto, en la habitación a la que se llegaba por la segunda puerta del sótano rosado. Benjamín fue llevado allí casi sin darse cuenta, siguiendo a Bau y a Estella en la madrugada. Habían dado tantas vueltas por el Viejo Puerto y por el Canasto, que al llegar a la calle 27 pensó que llevaría a Bau al Hotel y que se registrarían en alguna habitación. Los dos parecían muy ebrios y por eso le pareció lógico. Lo que en realidad ocurrió, fue que Estella lo guió hacia el portón bajo el Poseidón, y que atravesaron el umbral del edificio juntos y se perdieron en la oscuridad. Benjamín los siguió escaleras abajo, hasta el final. Pudo tropezar varias veces por las entrañas oscuras de la construcción, pero consiguió mantener el sigilo. Desde allí lo observó todo, la maestría lúcida de Estella, su capacidad de seducción y desde luego el infinito placer que le produjo el destace de un fantoche como lo era Bau. Benjamín lo observó todo, casi sin parpadear, pero al volver nuevamente al recinto rosa, temblaba, aterrado.

Estella, que se supo observada desde mucho antes²³, lo siguió hasta allí. Había unas cuantas sillas dispersas por el espacio y ella lo ayudó a sentarse en una e hizo lo propio a su lado. Encendió un cigarrillo y cuando Benjamín se calmó, lo miró con compasión y le preguntó: “¿Qué es lo que quieres con todo esto, Benjamín?” Y él respondió: “Justicia, equilibrio”. Entonces Estella le recordó que tales cosas no existen, que solo existen acciones, reacciones, vacíos y llenos, que cambian muy rápido de lugar. Nunca se puede hacer más que pasar de un estado al otro sin resistirse, si es que no se quiere sufrir.

²² El bueno de Bau, el tonto de Bau. Encontró su muerte de la manera en la que había vivido, siendo un mujeriego de proporciones inimaginables, como ya lo veremos en *El caso de Bau*.

²³ Sabremos en *El caso de la anónima* que Estella había planeado todo el acto para atraer a Benjamín, y que no sería fortuita su intromisión ni tampoco la intención de proponerle un trabajo conjunto.

Amanecía afuera y ellos discutían las posibilidades. Benjamín le reveló algunos de sus rudimentos²⁴ y aunque ella los admiró con honestidad, también le señaló la posibilidad de ir más lejos y crear algo como un buró de asuntos inconclusos. “No”, dijo Benjamín, “mejor que sea un buró de corazones rotos”. Estella se río, “ya encontraremos un nombre apropiado²⁵, mientras tanto tenemos un lugar para comenzar como se debe”. Se levantó y dio vueltas como una niña feliz, mientras le mostraba el enorme espacio. El increíble sótano, de piso de mármol rosado, de lámparas art nouveau doradas, que caían del alto techo como péndulos buscando su eje, de muros verde victoriano que parecían pintados recientemente, aunque en realidad hubieran pasado décadas desde la última vez que alguien se ocupó de ellos. Es cierto que era majestuoso y al mismo tiempo inquietante, y también que estaba muy lejos de los lugares que Benjamín había usado como taller hasta ese momento. Cualquiera se daría cuenta de que parecía una tajada de la realidad que se había quedado por fuera del tiempo, es decir, bien podría ser el hábitat natural de Estella. Benjamín, que hasta ese momento sabía solo contados detalles de su vida, se atrevió a preguntarle si el enigmático edificio 27 le pertenecía. Estella negó con su cabeza y le contestó con una ambigüedad a la que pronto se habituaria: “Este edificio es de esta calle y esta calle es toda de este puerto, y este puerto es del mediterráneo, y el mediterráneo es la joya más antigua de nuestro mundo.”

Al ver que Benjamín se resistía, Estella le empezó a enumerar la serie de razones por las cuales era mejor tener un lugar secreto para ocuparse de asuntos que involucraban accidentes letales, delicadas piezas filosas, esquilas, dagas, vidrios punzantes, cuchillos, poleas, engranajes y cuerdas. Debía reconocer que cuando el negocio implicaba la muerte, la mejor decisión es garantizarse un lugar completamente incógnito. Era verdad que el Hotel tenía cualidades inimitables: una clandestinidad espontánea y la discreción comprometida de todos los que pasaban por ahí. También había que recordar que era gracias al Hotel y a sus habitantes, que Benjamín había logrado conseguir sus primeros casos y sobre todo, cuando más lo necesitó, el anonimato. Sin embargo, era imposible negar que aquel sótano poseía un aura única, semejante a una profecía de lo siniestro o a un antiguo recuerdo de crueldad. Pese a

²⁴ Es decir, los primeros cuadernos, donde se consignaron sus tácticas iniciales (ver *El caso del fantasma del Saint Victor*).

²⁵ No lo harían.

haber aprendido algunas habilidades para moverse en el Hotel como uno más, le seguía costando el contacto con los otros, y extrañaba la soledad de sus primeros días en la ciudad puerto. Así que , en este perfecto silencio tanto Benjamín como Estella podían sentirse en su ambiente natural.

También por ese entonces enfrentaba la decisión de asociarse con Estella. Hasta ahora, ella había dado pruebas de inteligencia, tacto y seriedad, además parecía entender sus razones. Claro, estaba el hecho de que probablemente se trataba de una criatura desalmada y sanguinaria, pero incluso con esos atributos, él la sentía cercana y casi frágil. Desde afuera, era esa mujer oscura por la que era inevitable sentirse atraído, pero Benjamín creía haber detectado una pequeña ranura por la que podía entrever a un animalito lánguido que buscaba refugio, y fue por esa sensación que decidió trabajar con ella.²⁶

Benjamín se decidiría al fin y diría sí al paquete completo: fundarían una insólita compañía dedicada a la redención de las almas rotas y se trasladarían al sótano del edificio 27. Seguirían usando el Hotel como un foco para captar casos interesantes y el sótano les serviría como centro de investigaciones, oficina de planeación, y espacio para el archivo. Ese mismo día, Estella lo llevó a recorrer los demás pisos. No había nadie en ninguna de las 6 plantas, y cada apartamento, cada oficina, se presentaba como un curioso universo de rutinas íntimas, abandonado a la carrera. A medida que avanzaban en el recorrido, Estella jugaba a inventarse historias sobre las posibles personas que habían habitado el lugar, historias que explicaban por qué se habían marchado abandonando todo lo que alguna vez tuvieron. Benjamín la escuchaba divertido, mientras iba recogiendo aquello que le parecía útil o interesante. Se instalaron en sendos escritorios –que les costó esta vida y la otra bajar– y dos sillas de diseñador que encontraron en una de las oficinas del último piso. Las estanterías llegarían después, cuando Rita insistiera en que guardar todos los cuadernos de notas y las carpetas con pruebas en cajas, no era ni práctico ni estético.

²⁶ Esta historia nos confirmará que Benjamín se equivocaba.

Rita

Sin que ninguno de los dos se percatara, Rita llegó a esta historia tiempo antes de que ellos la vieran aparecer. Había emigrado a Francia como muchas latinas lo han hecho: para trabajar cuidando niños o personas mayores, a través de agencias o de páginas de internet. Había emigrado a Francia como muchas latinas lo han hecho: tras el embeleco del primer mundo, la mayoría de las veces para estudiar, otras muchas veces para salir de los tormentos²⁷ de vivir en América Latina. Aunque en realidad, la purita verdad, es que los motivos ulteriores de esta y otras migraciones residen en un antiguo impulso humano, por ir siempre hacía más allá a descubrir lo otro, siendo eso otro un *lo que sea*, que ciertamente es: *lo nuevo*. Y sí, al final, lo nuevo termina siendo *lo mismo*, porque todo embeleco se cae, porque el tormento nos persigue a donde sea que vayamos, y porque miseria y miserables hay en todas partes. Sin embargo, el impulso de partir permanece, y una vez se ha llegado y medio se ha uno instalado, ya quiere uno volverse a ir.

Aunque las razones de Rita para emigrar estaban guiadas por esos motivos, había otra mucho más fuerte que estaba fundada en la sensación de no pertenecer. Desde niña había visto con angustia como toda la existencia humana parecía ir por un riel (hay que nacer, hay que ir al colegio, si se puede ir a la universidad, hay que enamorarse, hay que elegir a alguien, casarse, fundar un hogar, tener hijos, trabajar, trabajar mucho, mucho, para comprar hartas cosas, lustrosas, fútiles y en ocasiones necesarias, envejecer y morir). Por lo mismo, Rita quiso inventarse otra ruta, otra forma de estar aquí sin tener que seguir las instrucciones asignadas. Esto desde luego, le implicaría una imposibilidad para consolidar lazos amorosos firmes. Si uno revisara su historial romántico, de lejos parecería que alimentaba fantasías estorbosas que al final, con el foco de la realidad, eran solo episodios con más contenido dramático que emocional. Rita vivía en una

²⁷ Los tormentos pueden ser muchas cosas: la falta de oportunidades, los gobiernos atroces que hacen lo completamente opuesto de lo que deberían, la pobreza. Pobreza de una, pobreza de la otra, pobreza de la que se encierra entre el hígado, el páncreas, la tripa gruesa y larga, pobreza de punzadas sutiles, punzadas que arden, demandantes, ávidas; pobreza triste y cansada que no se levanta de la cama, que no deja la casa y que ya no encuentra para qué salir; pobreza obligante, sin opciones, humillante; pobreza fea, deshinchada y sucia; pobreza digna, ascética, limpia, pulida, refulgente, que empuja, que encuentra caminos donde no hay, donde no ha habido nunca, pobreza que pone un ladrillo, luego el otro y otro, y otro hasta que funda un hogar; pobreza que se imaginan ellos, los magnánimos, para mirarnos desde arriba, y entregarnos en migajas lo que ya era nuestro desde siempre.

huida constante, no de los otros, no de las circunstancias, sino de sus propias emociones.

En medio de la huida se inventaba amores imposibles, relaciones destinadas al fracaso en las que ella pudiera fácilmente asumir el rol heredado de la víctima. Lo curioso es que, entre más intentaba escapar del enamoramiento, más se internaba en intrincadas enredaderas románticas, y terminaba incluso queriendo más de la cuenta. Por sus diarios, que empezó a escribir al albor de su adolescencia, sabemos de dos²⁸: el primero, el sacristán de la parroquia de San Juan de la Cruz. El segundo amor que aparece registrado en sus diarios, es descrito como un aspirante de poeta que no entendía la función de los puntos suspensivos y desconocía el uso del subjuntivo²⁹.

Rita tenía la absurda idea de que en otro lugar podría burlar todas sus futuras ilusiones y derrotas amorosas. Además, esperaba que estando tan lejos pudiera encontrar por fin la voluntad de dedicarse a lo que más le gustaba en la vida: Rita era actriz y había empezado estudios de cine. Lo de la actuación había iniciado siendo aún muy niña y la escritura había iniciado con la adolescencia y se había definido con la elección de su carrera. Tenía varios guiones de intrincadas tramas por la mitad. Uno de sus planes era concentrarse en su escritura y quizá empezar a filmar algo muy rudimentario y propio. Sin embargo, la vida de inmigrante tercermundista, de la que nadie le había hablado con suficiente honestidad, se la llevó por delante.

²⁸ Cuenta que iba todos los domingos a verlo en la misa del medio día, que llegaba cuando estaba encima del campanario, agitando las cuerdas para sacudir a ritmo las campanas, y que luego lo veía preparar el altar y alistar el cuerpo y la sangre de Cristo en grandes copas. Entonces empezaba la misa y él se iba a la sacristía, Rita narra cómo se quedaba en el púlpito esperando verlo salir, porque había un momento –entre la homilía y la liturgia eucarística– en el que él salía y le parecía a ella que él la observaba y que incluso la miraba directo a los ojos. Ella tenía 14 años y después de dos años de venerar al encantador personaje del que ni el nombre sabía, lo vio salir de la mano con una chica. Luego los vio besarse en el parque, en la heladería y en el parque otra vez. Sus diarios narran con filigrana la fantasía. Por que claro, aquello que imaginamos podemos a veces narrarlo con más detalle que lo que está ante nuestros ojos. Relatan –los diarios– el sueño de una adolescente que aspiraba a ser vista en su rareza y la ilusión de un amor que nacía sin la mediación de las palabras, tan completamente puro, que solo la mirada atravesando lugares enteros y distancias considerables podía unir. Se inventó un personaje digno de tal tipo de amor, que poco tenía que ver con un joven calenturiento que besuqueaba muchachitas por todo el barrio. Pudo ser un desengaño doloroso, pero en realidad se repuso pronto para seguir fantaseando con él, en silencio. Aunque no volvió a misa, ni a la iglesia, ni a pasar por el parque nunca.

²⁹ En escritos posteriores, le costaría confesar que había estado enamorada de un tipo así durante buena parte de su juventud. Decía Rita que el poeta estaba convencido de que comprender la dimensión amorosa literaria estaba relacionado con meterse en cuanta cama pudiera, y con probar estimulantes de todo orden. El poeta, además, estaba entregado a la tarea de convencer a Rita de su amor verdadero. Sabemos por extensas páginas que Rita le creyó durante algún tiempo, pero en un punto las manipulaciones se terminaron convirtiéndose en un ruido, que estorbaba al respirar. Así, tras algunos años vergonzosos, ella lo dejó de querer y decidió irse a otro país.

Cuidaba niños –muy pocas niñas–, ancianos, ancianas, gatos y a veces también perros, ya llevaba dos años en la ciudad, ni un solo guion terminado y ya había abandonado completamente el teatro. A lo único que se dedicaba con devoción era a llenar su diariécito tonto, mientras caminaba por la ciudad de la que irremediamente se había enamorado. La ciudad puerto era un paraje blando que la había abrazado en el momento en el que el desencanto por sus habitantes llegaba a tope. Le costaba su cultura, su sabihondez, su lengua arbitraria y su queja constante. No obstante, la contemplación gloriosa del mediterráneo, el azul intensísimo del cielo, la luz centelleante y dorada iluminando los rincones más remotos del puerto, la salvaron. Tuvo además la extraña suerte de vivir en lugares que le permitían hacer caminatas encantadoras, caminatas en las que hizo de la ciudad su único gran amor.

Pronto Rita descubrió que eso que en sus diarios llamaba “la cuestión de la no pertenencia” no aplicaba solamente a su tierra natal, sino a cada lugar al que fuera. Durante el primer año, la imposibilidad de crear lazos que la sujetarían a la novedad del lugar y la tristeza de sentirse tan ajena a todo lo que conocía, la mantenían entumecida. Como si todo lo que la hacía singular hubiera entrado en pausa, y se hubiera transformado en lo que hacía para vivir: una inmigrante que ofrecía sus servicios como cuidadora. Solo interactuaba con personas menores de siete y mayores de setenta y cinco, y por lo mismo, su aprendizaje de la lengua francesa –que tan difícil le había resultado– había caído en picada. Antes de salir de su país, ya lograba comunicar necesidades básicas y gustos simples, pero después de un año en Francia, solo lograba quejarse como un infante melindroso o como una vieja rabiosa. Alguien alguna vez mencionó que hablaba como una niña de ocho años, y ese comentario le minó la confianza durante años. Le tomó mucho tiempo sentirse auténtica en esa lengua caprichosa con tantas reglas como excepciones. En francés, la agudeza de su humor y su brillantez solo eran una retahíla atropellada que nadie encontraba graciosa. No importaba cuanto se empeñara en tener amigos o en crear lazos sí de todas formas nunca lograba decir lo que realmente quería decir.

Se preguntaba si era su condición de extranjera la que la había convertido en un ser aturdido y opaco, que no se encontraba a sí mismo en ninguna parte o con nadie, o si era simplemente una condición inherente al mero hecho de estar aquí –en la tierra–, eso de

no pertenecer. Habría que decir también que, aunque tal sentimiento le producía una lógica desazón, al mismo tiempo le resultaba confortable, era el estado que mejor conocía. Vivía contagiada de languidez y enferma de nostalgia excesiva, y pronto supo darse cuenta de que se estaba convirtiendo en una persona tristísima para la que todo parecía estar mal: la fantasía rota de la extranjera dandi viviendo en el país de sus sueños, pasar sus días en casas ajenas respondiendo a caprichos de desconocidos, y además el hecho de que haber abandonado por completo sus aspiraciones de cineasta o de actriz.

Todo lo que supo hacer fue darse a la tarea de caminar, como si la ciudad puerto se extendiera con cada paso a lo largo de la costa. Iba y cuidaba a unos y a otros, recibía su pago por la hora. Luego arrancaba la marcha aparentemente azarosa, aunque en realidad dirigida a encontrar algo, solo que aún no sabía qué. En cada recorrido, con el mistral³⁰ pegándole en la cara, coqueteaba de a pocos con los lugares que la hacían sentir abrazada, lugares blandos en los que podía caer ligeramente, como a un lecho mullido, tierno, de una blandura soñada. Lugares donde podía uno quedarse atascado por horas, en calma, en contemplación gustosa.

Rita fue coleccionando sitios favoritos, algunos eran bulevares enteros, adoquinados a la antigua, bordeados de árboles frondosos en el verano y lúgubres en el invierno, bulevares que iban con su propia música, a un ritmo ligero a veces, otras veces umbrío. Estaba por ejemplo Longchamps, que llevaba hacia el norte de la ciudad y era recorrido por el tranvía, con algunas galerías de arte a sus costados, y el más encantador de los bares: el Château, donde nada era tan caro y Rita se podía dar el lujo de pedir café y cruasán o cerveza acompañada de un platito con aceitunas verdes y moradas. Allí hacía largas paradas para leer el libro de turno (se había afiliado a la Biblioteca Pública –otro de sus lugares preferidos– y su plan era agotar todos los títulos de literatura en español, que aunque no eran pocos, tampoco eran infinitos) y para hacer larguísimas entradas en

³⁰ El mistral es un viento que viene del norte y que suele sacudir las costas mediterráneas. Su fuerza es un impulso vital que pese a su estruendo, es tomado como una bendición. En ocasiones comete actos inverosímiles para los que llegan del trópico, no en vano se considera que puede enloquecer a la gente (como la Tramontana). Rita, por ejemplo, cuenta en uno de sus diarios, cómo vio que el viento levantaba a una niña de poco más de dos años del suelo. Asegura haberla visto elevarse frente a ella mientras la chiquilla trataba de subir unas escaleras. Hay numerosas referencias en sus diarios a los estragos de este viento, pero también referencias a esa ráfaga vital que lo inundaba todo.

su diario³¹. El bulevar Longchapms estaba coronado por un parque del mismo nombre, donde estaba un palacete, que ahora era un museo –en realidad dos museos– y que estaba rodeado de jardines, un zoológico de mentiras (los animales eran de plástico de colores, pero estaban aún en sus enormes jaulas), de canales y fuentes de agua. Era allí donde a veces terminaban las caminatas salvadoras de Rita. Y fue también en ese parque, a la caída del sol, frente al palacete, sentada en una de sus barandas, que vio por primera vez a la Vampira.

En sus diarios aparece nombrada de esta forma, y descrita como una mujer alargada, delgadísima, pálida, de enormes ojos, que quizá fueran azules, usualmente vestida de negro, y sí no de negro, sí icónica o como si fuera a alguna gala secreta. Cada vez que la veía (siempre en las noches) como un juego, lo anotaba: “Vampira vista en Borelli”, “hoy vi a la Vampira, creo que llevaba un vestido igual al de Louise Brooks en Pandora’s box de seda negra y ajustado”. Luego le inventaba una vida, una vida de vampira, claro. Levantándose en los atardeceres, buscando las prendas adecuadas para salir a los lugares solitarios donde se la topaba tratando de recoger a algún pobre

³¹ ¿De qué escribía en esa época? De sus recuerdos, de las heridas que se hacía en el interior y en la superficie, y de esos amores que se inventaba para no tener que vivirlos y sentirlos de verdad, de las películas que veía, de sus lecturas, de las personas que apenas conocía y que a punta de descripciones enrevesadas terminaba inventándose. A veces tomaba notas para películas que quizá no iban a existir nunca, se imaginaba los repartos ideales e incluso dibujaba sus vestuarios. Por momentos hacía pausas para anotar la letra de la canción que sonaba, porque por algún azar desconocido concordaba perfecto con su modo de estar, o con el recuerdo de un amor, o con el anhelo de otro. También, en ocasiones le ocupaban la mente los asuntos de la fe, de lo místico y de lo imposible. El tema de lo celestial, lo milagroso y azaroso le podía tomar la cabeza a veces y terminaba escribiendo cosas como: “En las mañanas salgo, tomo el bus que me deja en el tranvía, ese tranvía encantador que pasa por mis lugares preferidos de la ciudad y mientras leo *Le Tigre*, una revista parisina, de la que soy recientemente adepta. La semana pasada leí una entrevista de una mujer lionesa de 104 años (!) –sí, 104 años– y pese a que una latina como yo creería que habría de leer una historia llena de glamour, leí la historia de una ancianita como mi abuela, una mujer que vivió una vida muy paralela a la de ella. Incluso parecería que hablaba como mi abuelita Jesusa pero en francés, expresiones parejas solo que en francés. Me gustó mucho, fui feliz mientras lo leía –queda alma en este mundo– eso fue lo que pensé y eso pienso mientras voy en el tranvía. Si me lo preguntaran ahora, diría que soy feliz, diría que me siento una víctima constante de milagros sorprendentes. Quizá Dios sea una máquina gigantesca y exacta, que no entiendo muy bien cómo funciona, pero que funciona. Dios es la ducha fría que puedo tomar en verano, Dios es el espejo de mi armario –esto no es una metáfora, es realmente el espejo en mi armario– Dios es mi balcón, mi cocina, Dios es mi mamá y mi abuela, Dios es Paulina, Fanette, y Michel, Dios es mis plantas, las plantas de Fanette, el tranvía cuando llega. Dios es Longchamps, es toda la música, toda, y todas las letras juntas –las buenas y las malas–. Dios es el cine, las imágenes, Dios es Ivonne (la viejita que entrevistaron en *Le tigre*, y que me hace tan feliz con sus relatos). Dios es esto que siento, con su rareza y grandeza, su ansiedad, su calma; esto feliz y nostálgico listo a saltar a todo vacío, a todo hoyo negro. Dios es la vida, esta y que la creo (de crear y de creer) todos los días, esta que toco y esta que me imagino, por eso Dios eres tú, amor platónico que no puedo tocar ni ver, a veces solo encontrar. Sí, Dios eres tú, porque yo te quiero, y desde donde estoy, tan lejos de ti, te creo, te imagino, te ánimo, te articulo, te doy vida, Dios eres tú, amor mío (corazón de otra). Dios es la vida, y es bueno estar aquí, aquí en la vida, hasta que me agote, hasta que se agote y se vuelva otra cosa, que de seguro será también Dios.

cristiano para succionarle hasta la médula. A veces entraba en detalles y podía imaginarla frente a un enorme espejo de marco barroco, untándose un labial carmel, tan oscuro como la sangre que se preparaba a beber, viéndose con sus enormes ojos en un esplendor que ni ella misma entendía, arreglándose el fleco oscuro que le caía sobre la frente, para que no le ocultara la mirada.

Era cierto que la ciudad tenía el hábito de mostrarle solo a ella los personajes más curiosos y varios están descritos en sus diarios, pero probablemente aquel que más la ocupaba era la vampira. Le parecía excepcional tener el deleite de encontrarse con una mujer que quizá fuera un espectro. Cada vez que la veía se sentía afortunada, como si le tocara una bendición que a nadie más. De veras creía que solo ella podía verla, porque no entendía cómo no se percataba todo el mundo de su perturbadora presencia.

Otras veces los pasos de Rita iban hacia el sur de la ciudad, lograba evitar las hordas de turistas, y finalmente llegaba al mar, al Viejo Puerto, con sus barcos grandes y chicos aparcados como si solo quisieran ser vistos y no como si algún día fueran realmente a partir. Luego se internaba por las calles aledañas, que eran un entramado de vericuetos, calles estrechísimas, donde las fachadas de las casas tenían romances con las fachadas del frente. Romances peligrosos porque se acercaban lo bastante como para dar la impresión de que chocaría la una contra la otra. Esas eran las calles del Canasto, y su fascinación por este recorrido residía en la idea de estar transitando el barrio más viejo de la ciudad más vieja de Francia. Le gustaba, además, visitar sus tienditas curiosas, algunas pensadas para los extranjeros y otras para sus habitantes fieles. Disfrutaba visitar una tienda de jabones –que al parecer era un clásico de la ciudad– y deleitarse con los olores de la Provenza. Estaba la tienda de cuerdas y velas, una tienda para marinos experimentados que a ella le resultaba curiosa y absurda. Luego, se deleitaba con la vitrina de una tienda de antigüedades, que exhibía en su mayoría lámparas compuestas de vidrios raros, vidrios de colores que hacían que la luz, toda luz, se transformara en un evento de psicodelia.

Por la misma acera había otro local de su interés que de lejos parecía otra tienda de antigüedades porque en su mostrador se veían varios cacharros insólitos, que, o eran de otros tiempos, o, eran simplemente irreales. No había ningún letrero, ni nada que explicara qué era exactamente lo que vendían o hacían allí. Vista desde afuera producía

curiosidad, pero algo le impedía acercarse. Pasó muchas veces al frente, antes de tener el valor necesario para entrar y echar un vistazo, sin embargo, una vez lo hizo, se percató de que los objetos exhibidos, no eran reliquias sino cosas que en realidad no existían aún, y que estaban hechas de otras cosas que llevaban años de existir y que conformaban aparatos inexplicables. Se percató también, de que tras el mostrador se extendía hacia el fondo un amplio espacio de techo bajo y piso de madera, en el que había algunos montoncitos de pequeñas partes, que daban la sensación de que no había en realidad desorden. Contra las paredes había repisas sosteniendo más trastos desbaratados, pero así mismo había sobre ellas, telas, lanas e hilos, láminas de madera, y de acero (o de algún metal), parecían insumos para un proyecto difícil de imaginar. En la mitad había una mesón, ancho y largo, donde reposaban máquinas que bien podían ser de un carpintero o de un electricista, o hasta de un herrero.

Lo tercero que notó aquella vez, fue que nadie atendía el lugar, pero que sí había un hombre en el fondo, en la cabecera de la mesa, trabajando, tan concentrado que no se enteró de que Rita lo miraba perpleja. Era alto y robusto, con una gran cabeza cobriza; el rostro blanco, algo pecoso y cubierto de barba cobriza también; los ojos amplios, quizá claros, detrás de unas bonitas gafas de marco de carey. Más que guapo –en realidad no era su tipo de hombre– le pareció atractiva la devoción con la que se dedicaba a lo que fuera que estuviera ¿arreglando? ¿creando? Por un momento pensó en hablarle, preguntarle algo, pero se dio cuenta de que no tenía cómo pedir algo en una tienda que no sabía que ofrecía. Tuvo el impulso de hacerlo en español porque algo le decía que habría tenido respuesta, pero incluso en su lengua materna no supo qué decir. Siguió pasando por ahí en sus habituales caminatas, porque la intriga persistía, claro, pero también porque le interesaba aquel hombre, tan atractivo, con sus gafas de carey y sus pecas, cálidas y confiables. Como si todas estas fueran las garantías irreprochables de que se trataba de un buen tipo.

En aquel entonces, Rita no habría sabido diferenciar aquella atracción propia del impulso amoroso, de la atracción que se produce entre mentes paralelas, o almas con afecciones comparables, pero eran seguramente estas últimas las que la hacían sentirse tan interesada por el tipo aquel. Lo cierto era que en aquellos años sus emociones carecían de peso y de pasajeras pasaban a hondas muy rápido y a pasajeras nuevamente. Su único romance verdadero lo tenía con la ciudad.

No era tampoco la primera vez que sentía una intensa afección por un lugar, le había pasado antes con la ciudad en la que había nacido. Entrañada en Los Andes, parecía encumbrada no afuera de la montaña, si no dentro de ella misma, como si al levantar la vista no se pudiera ver el cielo, sino el techo brumoso y verde oscuro de la altiplanicie. Por supuesto, a veces también salía el sol, pero se trataba de un sol estorboso, que terminaba ardiendo en la piel y causando una molesta sensación de bochorno, y con todo y eso, sus habitantes agradecían cada vez que entre las nubes, aparecía. Además, padecía de los males que sufren las grandes urbes de América Latina, siempre al filo de la ebullición completa, siempre desbordada, imposible de contener, burlándose de los márgenes y de las contingencias geográficas. Y así, entre tanta mala cosa, Rita la había querido ciegamente, como se quiere al amante tonto que te lastima no por maldad sino por mera torpeza. Y allá, en la distancia, no hacía más que idealizarla e imputarle atributos que nunca tuvo, porque eso hacía Rita con los galanes torpes –y feos, y testarudos–, inventarles virtudes para justificar la indecencia de quererlos.

En su perla de Los Andes³² había aprendido de lo bueno y de lo malo, lo apenas justo para sobrevivir en cualquier lugar del mundo. Allí creció junto a su abuela y a su mamá. De la primera aprendió una nutrida mitología, compuesta de los relatos fantásticos que rodeaban la frondosa meseta de la que venía, compuesta de las historias Nuestro Señor y de todos los Santos (Santos que cumplían juiciosamente con sus tareas: causar las lluvias, parar las lluvias; encontrar esposos, objetos perdidos y trabajos; abogar por los desesperados y por las causas perdidas³³), y finalmente compuesta por dolores muy viejos que no la abandonaban, sin importar los años que hubieran pasado. De su mamá, había heredado unos curiosos ojos negrísimos, lanceolados, de párpados amplios y oliváceos. Heredó también su cabello negro y su estatura³⁴, pero no su buen gusto y diplomacia, eso había tenido que aprenderlos con los años.

Con la venia de la mamá y la recomendación de su profesora de español, Rita empezó a tomar clases de teatro a los 8 años. Fue una actriz natural, jugar a ser otra le garantizaba

³² No, perla no. Algo más bien como una calcedonia entre la bruma y el blanco polar. O mejor, un vaho de nieve carbónica.

³³ A Rita le pusieron ese nombre por Santa Rita de Cassia, abogada de las causas imposibles.

³⁴ Sorprenderá al lector que no tengamos demasiadas referencias físicas de Rita, contamos con escasas fotografías suyas y desafortunadamente en sus diarios no hay muchas descripciones propias, como sí de los otros.

un gozo que en aquel momento no habría podido describir. En los años que seguirían, el descubrimiento del teatro se convertiría en la revelación de una vida posible, otra vida posible. Mientras el riel transportaba a los gentiles ciudadanos a un destino seguro, con las paradas regulares –estudios, títulos, trabajo, matrimonio, propiedades, hijos, trabajo, muerte–, el vagón sin rumbo de los escenarios, tenía paradas exclusivas en estaciones de no tan fácil acceso, instaladas en laderas escarpadas quizá, pero en todo caso paradas únicas. El teatro era la trampa, la forma de burlar al tiempo jugando a ser *otro* siempre. Ese *otro* se casa de mentiras, ese *otro* descubre tesoros, ese *otro* es mago, es cantante, es la bruja mala, o el rey guerrero, el *otro* es papá a veces, mamá otras. El *otro* no se agota nunca, espera por ti, por tu cuerpo corteza, del que podrá hacer uso mientras está aquí. El *otro* nunca hace cosas reales, vive vidas de juguete, de mentiras, y Rita quiere una vida de juguete.

La mamá no pensó en aquel momento que la elección del teatro fuera una decisión vital, le puso al asunto la misma seriedad que le hubiera puesto sí Rita le hubiera dicho que quería ser astronauta. Por lo mismo, le costaría mucho entender que su hija de 18 años abandonara sus estudios de cine y se fuera en tropa con una compañía de teatro a recorrer el país y a presentar espectáculos que ella encontraba más bien tristes.

Muy distinto a lo que uno podría imaginarse, la partida de Rita con un grupo de teatro conformado por actores amateur, y un guionista-director con más empeño que talento, fue en realidad muy inocente. No se fue con ansias de libertad, o como un acto de rebeldía. Se fue porque de veras quería ser actriz, porque de veras era feliz en el escenario. Ninguno de los que conformaban el grupo tenía hábitos nocivos, excepto claro, el ego habitual de los artistas del drama, que en un primer momento no molestó a Rita. Todos eran mayores que ella, y estudiantes universitarios de la Pública como ella, solo que Rita llevaba nada más un año de estudios, y ellos llevaban ya carreras terminadas y algunos eran incluso estudiantes de maestría. Por esto, probablemente, era que la cuidaban como a una sobrina mansa que viaja con los mayores de la familia. No la dejaban salir sola de los hotelitos de pueblo en los que se hospedaban y desconfiaban mucho de cualquiera que se le acercara. Entre las rutas que iban andando fue que encontraron al dicho poeta³⁵ que enredó a Rita, y aunque algunos le advirtieron de la

³⁵ El poeta podría llamarse Estiven, Yefri, Maicol o Yon. Pero preferimos que no tenga nombre a que tenga una de estas onomatopeyas anglosajonas que tanto habrían avergonzado a Rita.

terrible torpeza que cometía al involucrarse con un tipo tal, ella no solo los ignoró, sino que pronto el poeta empezó a hacer parte de la tropa ambulante de teatreros que recorría municipios y veredas.

El personaje que siempre representaba Rita en aquella obra con la que fueron de aquí para allá, era el de una cantante amante de un hombre casado que tenía una compleja vida matrimonial. La cantante siempre entonaba cumbias, boleros y merengues, aunque no los entonaba realmente, solo los doblaba. En algunas de las versiones de la obra, la cantante había tenido alguna vez una extraordinaria voz y la había perdido, y era muda, pero no sorda. En otras versiones, no era muda, hablaba a la perfección, solo que no tenía el don de la voz cantante y debía limitarse a imitar a las que admiraba. Luego, en las versiones más oscuras que se hicieron de la obra y que solo presentaron contadas veces –en los lugares más lejanos o más abstraídos del resto de la humanidad–, la cantante era talentosa, su voz era fantástica, pero por algún tipo de trauma, no podía cantar en un escenario o una tarima y por lo mismo doblaba incluso su propia voz.

La obra la había escrito el director-guionista, que se llamaba Antonio González, era estudiante de Química de 27 años. Había sido escrita quizás –esto en realidad lo interpretaban los integrantes del grupo, por que Antonio nunca había dado explicaciones concretas– como un homenaje a Ionesco, donde uno extraña a la cantante calva. La obra entonces, nos ofrecía a una cantante –muda en este caso– que se atravesaba en un matrimonio al que tampoco le servían las palabras. Solo que no se trataba de una obra del teatro del absurdo y no se llamaba “la cantante muda”. Se llamaba, “Escándalo en Puerto Amor”. Sonaban merengues de Liz y los melódicos, de Natusha y de las Chicas del Can. Rita no tuvo que aprenderse las canciones. Las conocía de sobra, hacían parte de un repertorio de la infancia que le enseñó a imaginarse lo que se llama amor.

No podríamos precisar a qué género correspondía *Escandalo en Puerto Amor*, porque dependiendo de sus versiones, y de los lugares donde la interpretaban, podía ser una comedia de situación, una comedia romántica, un drama, un thriller psicológico e incluso un thriller erótico. Sin embargo, las interpretaciones que más le gustaban a Rita, eran esas donde todos los actores, en un acuerdo tácito, resolvían hacer una obra paradójica, que era como abrir una puerta a lo desconocido y sobre el escenario fluían emociones tan escondidas que los mismos actores se sorprendían diciéndolas. A

Antonio no le complacían mucho estos episodios de creatividad fugaz y de algún modo espeluznante. Prefería las interpretaciones que todos podían digerir, las interpretaciones a la luz del día en la plaza del pueblo X después de misa, las interpretaciones donde todos bailaban los merengues y se quedaban en jolgorio al terminar la función. No era que estas presentaciones tan festivas le molestaran a Rita, pero si le daban algún escozor, más que nada porque el poeta solía bajarse de la tarima de turno a bailar con toda la que se ofreciera. Con el poeta aprendió los celos, descubrió el ardor. Él siempre estaba dispuesto a irse tras cualquier pestañeo, tras cualquier oportunidad “de existir” decía él, que en realidad quería decir, oportunidad de encamarse con otra. Rita, sin embargo, reconocía su responsabilidad en esto. Era ella quien había descartado tener un noviazgo formal, era ella la que le había pedido que mantuvieran su individualidad a toda costa. Y el poeta, bueno, se lo había tomado muy en serio. Nadie se percataba de que estuvieran aún en una relación. En el grupo solo Antonio y Azucena (su novia, la encargada de la escenografía y el vestuario y la que además hacía el papel de la esposa engañada en *Escándalo en Puerto Amor*) conocían los pormenores de esta. Para el resto de los actores, el poeta era un muchachito que se había encariñado con el grupo y había empezado a seguirlos de buena voluntad y que luego había terminado haciendo las veces de electricista y tramoyero. Era también un conquistador furtivo y disfrutaba en cada pueblo de un amor. Sabían sí, que había habido historia con Rita, pero no llegaron a intuir hasta qué punto estaban involucrados. Nadie parecía darse cuenta de que se escabullían a la habitación del otro para pasar la noche juntos, o que se daban besos torpes y secretos tras bambalinas.

Cuando Rita se fue de su casa, a recorrer municipios y veredas, creyó que sería cuestión de unos meses regresar. Sin embargo, cuando se hubieron agotado todos los pueblitos aledaños a la gran ciudad, el grupo decidió ampliar el círculo y cada vez que se volvía a cerrar lo volvían a ampliar. Sin darse cuenta habían pasado dos años y pronto llegarían al mar Atlántico. Antonio mantenía la falsa expectativa de tener una nueva obra a punto de terminar, cosa que mientras Rita estuvo en el grupo, nunca ocurrió. Y ella se cansaba, sentía que de tanto interpretar a una mujer que carece de voz y necesita de la de otros para expresarse, se estaba convirtiendo en una. Además, su relación con el poeta pasaba de dolorosa a intolerable. Soñaba por ese entonces con águilas azules de lo negras. Águilas que destrozaban nidos, nidos propios y nidos ajenos. Águilas que remontaban el

vuelo hasta quemarse las alas con los rayos del sol. Volaban tan alto que incendiaban su plumaje y su alma de aves negras.

No aparecen muchos registros de esas fechas en su diario. Pasó de escribir casi a diario, a un registro mensual, y luego a una inconstancia fragmentaria de oraciones sueltas e imágenes dispersas en el papel. Hay una única entrada nutrida: Rita cuenta que fue al cine y que vio una película francesa en la que un chico que crece en una granja abandona su sueño de irse a recorrer el mundo y sus facilidades modernas, por quedarse a cuidar de sus vacas y a hacer quesos. Anota una frase que copió traducida: “Uno no se puede equivocar si no sabe para donde va”. Luego, se detiene en la cadencia de esa lengua cantarina: sus medias vocales, cerradas al borde de desaparecer, sus sibilantes haciendo gala de serpientes hechiceras, pasando el aliento por los dientes que ni por enterados se dan. Una lengua sin pausas, donde las palabras no tienen límites definidos y se enganchan las unas con las otras para desaparecer en el aire. Cierra su entrada diciendo: “Voy a aprender a hablar así.”³⁶

En una función nocturna de un pueblito costero, durante la escena en la que la cantante muda entona ese merengue que dice: “Mi corazón nene, mi corazón te amo con gran pasión, tu corazón nena, tu corazón, fue solo una ilusión, amarte fue mi error, mi amargo y triste error, saciar tu sed de amor, saciar tu sed de amor solo te dio dolor, a nadie más yo le entregué mi corazón, así jamás, solo he sentido en mi cuerpo esa pasión por ti, mi corazón nene, mi corazón buscó tu inspiración, tu corazón nena, tu corazón perdió hasta la razón” y entre tanto ve a su amante encontrar un nuevo amor, Rita también veía a su amante encontrando un nuevo amor. En la escena la cantante se presenta en una taberna popular y ve el jolgorio de los invitados, la danza y las risas, y ella entre tanta euforia, llora. El corazón colapsado bombeando a toda máquina, un interior que cruje y se quiebra. El desplome. Siempre había interpretado esa escena con mucho empeño, porque era crucial: la cantante muda confirma el engaño, el desamor, los años de la vida perdidos, la entrega nula. Pero no lograba satisfacer a Antonio

³⁶ Hay otra anotación de una fecha cercana: “Irme lejos, muy lejos, en silencio”, se trata de una referencia a una canción de un grupo barcelonés. La canción se llama “Cuando el mar te tenga” y habla de la torpeza humana, de la inutilidad de las palabras, y de la fuerza imperante de la naturaleza, encarnadas en el viento y el mar. En sus escasas entradas de la época parafrasea siempre sus canciones. Los escuchaba mucho entonces, sin conocer la profecía escondida en sus letras. En menos de un año, estaría viviendo al lado del Mediterráneo con el mistral soplándole en la oreja.

nunca, para él, algo le faltaba, las lágrimas salían a destiempo, la tristeza no era tan honda, la verosimilitud se perdía. Esa noche, sin embargo, Antonio quedó maravillado, la interpretación fue maestra, los boleros fucsias del vestido de lentejuelas temblaban, los lagrimones le chorreaban por las mejillas escarlata (estaba tan roja, hervía de fuego interior), y con todo, la cantante, cantaba, bailaba y hasta le marcaba el paso a la orquesta de juguete que tocaba en el fondo. Nadie vio lo que ella vio. El poeta susurrando sus versos torpes en los oídos vulgares, su nariz perdiéndose en los olores de un pelo hecho, sus manos en las caderas de otra, siempre de otra. No era la primera vez que lo veía deshacerse en encantos por alguna florecita de pueblo, pero sí sería la última.

Se bajó de la tarima dejando un cuerpo vacío, como abandona la sierpe la piel mudada. Se alejó de ese escenario sabiendo que no se volvería a subir a él nunca más. Antonio la buscaría luego en la pensión donde se hospedaban, pero no encontraría ni rastro.

Rita, Benjamín y Estella

Cuando vio el cuadrado de papel pegado a un árbol buscando una actriz, le dio un brinco el corazón. Era un papel de textura gruesa que no había sido impreso a través de una computadora. Por el relieve del papel se notaba que había sido prensado en un aparato de tipo suelto, de los más antiguos, de los que solo usan los auténticos románticos del papel. No daba mucha información: no tenía un teléfono, solo una dirección, una fecha y una hora.

“Recherche actrice. Bonne rémunération”

33 Rue Paul Éluard (ou Rue 27)

09/09 18h

Nuestros pobres Benjamín y Estella habían empezado con más empeño que suerte. Tres tristes casos que habían terminado en muertes innecesarias. Fracasos sentidos para Benjamín, gajes del oficio para Estella. Era evidente que tenían ideas diferentes del negocio y las tensiones entre ellos crecían. Benjamín era un devoto de la limpieza, de la estrategia, y de la historia. Necesitaba un contexto. No podía solo matar, precisaba un justo argumento: si sacaban a alguien del mundo de los vivos, era porque ese alguien había cometido alguna atrocidad. Para Estella, era diferente. La sangre debía correr incandescente, llama líquida escurriendo entre sus manos. Para Estella, más que una historia o un contexto, era necesario un rito, el coqueteo, la danza, el apareamiento, el cuerpo que se arquea, se extiende, abraza y rompe. Y desde luego la belleza. Había que fundar un proscenio de luz, miedo y estupor. Uno de color y tafetán, oscuro y terciopelo. En eso sí que estaban de acuerdo, en el altar, la escena: el gesto estético sobre cualquier otro.

Había otra cosa en la que estaban de acuerdo: necesitaban a alguien más, y no cualquier alguien más. Meses antes, conscientes de necesitar un gancho que también hiciera las veces de infiltrado, se toparon con un curioso personaje que era un visitante asiduo del Hotel. Se llamaba Claudio o Claude –dependiendo del interlocutor–. Contaba Karim que años atrás había sido el barman del Hotel, pero que sus otros trabajos le distraían lo

suficiente como para ganarse el despido. Que era un hombre de compañía, un cortesano, un prostituto³⁷ si se prefiere, dijo Karim. También estafador y a veces contrabandista³⁸. Lo más curioso era que cuando uno por fin lo veía, descubría a un hombrecito minúsculo. De estatura escasa, delgadez extrema y un rostro donde todo parecía desaparecer: los ojos diminutos y opacos, una nariz que apenas si se alzaba entre las mejillas, y una boca apretada y fina de la que sorprendía que se estirará tanto para dar paso a sus palabras o a sus sonrisas. Les gustó de él la simpleza con la que podía entablar una conversación, su don para hablar con todo tipo de personas en todo tipo de registros y hasta de lenguas. Estella se percató de que podía camuflarse fácil y de lo sencillo que le resultaba transformarse en un caballero distinguido o en un gánster de barrio. Pudo reconocer la importancia de que el asistente tuviera una dote histriónica. Benjamín le concedía también estas cualidades, pero no lograba confiar en él. Había algo en sus maneras, en su pose, en sus múltiples formas de sonreír que le dejaban entrever un ser falso y amañado, alguien que tarde o temprano, les traería problemas.

No se equivocaba. Fue durante el caso de Mme. Q, que Claudio mostró su real calibre y casi lleva a la catástrofe al caso y al buró³⁹ y lo más decepcionante le causó la muerte a los menos indicados.

Tras la frustración pasaron un buen tiempo sin aceptar casos. Benjamín volvió al taller con la asiduidad de siempre y Estella debió temer perderlo, porque empezó a aparecer por allí en las tardes. Él se exasperaba de verla jugar con cacharros inventados que no eran de juguete, sino proyectos serios, invenciones de alta originalidad en las que se encontraba trabajando. En este punto, la extravagancia de Estella ya no le parecía fascinante sino estorbosa, era una niña llena de caprichos y de crueldades ociosas. A veces se preguntaba si era una criaturita a la que había que amaestrar o una naturaleza animal que era mejor observar desde un ángulo distante. Una de esas tardes Estella llegó con un interesante caso del que se había enterado en una peluquería del centro. Mientras le daba la lista de razones por las cuales el caso cumplía con las exigencias que se

³⁷ “Se mira al bolsillo, no al cliente” era uno de sus lemas más repetidos. Por lo mismo, no tenía preferencias de ningún tipo y si bien a veces eran señoras solitarias, también otras eran señores lánguidos.

³⁸ ¿Se le puede llamar a eso contrabando? Lo que en realidad hacía Claudio, era meterse en el puerto y robar mercancías de los contenedores que por algunos días se quedaban en los muelles, y luego venderlas en las boutiques de las señoras refinadas con las que se acostaba.

³⁹ Como he dicho antes, no lograrían darse un nombre a sí mismos, la que más cerca estuvo fue Rita, así que para este momento de la historia convendrá que les llame buró u oficina, la que sea de su preferencia.

habían propuesto,⁴⁰ le insistía en la importancia de contar con una chica gancho que tuviera muy buenas capacidades histriónicas. Le señaló también, otra conclusión a la que había llegado, la tercera integrante debía ser eso, una tercera, y además no tener nada que ver con el Hotel o sus asuntos. Debía ser alguien que ellos mismos pudieran entrenar, y a la que le fueran revelando el objeto de trabajo de forma paulatina, a medida que fueran descubriendo el grado de confianza que pudieran tenerle.

Desde luego, en un comienzo Benjamín no estuvo de acuerdo. Después de la experiencia con Mme. Q, le parecía demasiado riesgoso traer a un externo o alguien que eventualmente pudiera exponerlos. Se dio cuenta de que el caso con que proponía Estella, era verdaderamente atractivo y luego tuvo que reconocer que, si no tomaban este, tendrían que dejar el negocio. No se puede ser una oficina especializada en casos de justicia urgente y recomposición del equilibrio, si no se toman esos mismos casos. Pasados unos días, se encontró emocionado con la idea de planear una estrategia para atraer a la chica adecuada y cómo entrenarla (¿en qué? ¿manejo de armas cortopunzantes prácticas de portar? ¿técnicas de camuflaje social? ¿técnicas de seducción?).

Lo primero que se les ocurrió fue instalar pequeñas tarjetas de invitación en lugares poco comunes, donde solo contadas personas acostumbraran poner los ojos y escudriñar (el techo del metro, uno de los múltiples escalones para llegar a Nuestra Señora de la Guardia, el tronco de un árbol en alguna plazoleta abandonada, en las estanterías sucias de una tienda de abarrotes en el tradicional barrio árabe de Belsunce) donde no presentaban más detalles que los que ya hemos visto, un lugar, una fecha, una hora. Benjamín sacó su vieja máquina de tipos sueltos (que no tenía claro, el tamaño de las impresoras tipográficas clásicas, sino que era una invención suya, mucho más portátil y básica, pero que daba el mismo efecto encantador de relieves, deprimidos y distancias en el papel, que daban las otras, las hijas de Gutenberg), preparó un papel suficientemente grueso para resistir no solo la prensa, sino también, para sobrevivir a los lugares donde iban a esperar a su destinatario.

Estella escribió el texto y ayudó a preparar los tipos. También fue ella la que, cuando estuvieron listas las invitaciones, salió a las calles del puerto masticando una bola de

⁴⁰ Ya hablaremos de estas.

chicle enorme para sus mandíbulas delicadas, pensaba usarla para pegar cada notita. Era pleno mes de agosto y la gente escaseaba en las calles, en parte por el inclemente sol, pero también porque muchos preferían pasar el verano lejos de la ciudad y curiosamente, lejos del mar. Estella llevaba una túnica negra de seda que le caía en pliegues perfectos por su figura esbelta, tenis blancos de tela y unas preciosas gafas de sol Dior de los 50s, iba tan ligera que parecía que se elevaría del suelo en cuanto diera el siguiente paso. Aprovechó la soledad del puerto para dejar las notas sin ser vista, pegó la última cuando ya caía la noche y fue a refugiarse al taller de Benja⁴¹. Se sentían satisfechos, y presentían que la crisis estaba cerca de llegar a su fin. Pronto volverían a retomar el rumbo y su empresa cumpliría su cometido.

Claro, podría pasar que por el discreto truco que les servía de filtro nadie llegara a presentarse a la cita, pero en ese momento tenían la certeza, de que no solo aparecería la persona adecuada, sino que su presencia los salvaría del cataclismo que se armaba cuando estaban los dos solos. Eran seres ajenos viviendo en costados opuestos que necesitaban un puente para comunicarse correctamente. Lo habían sentido con Claudio en su momento. Y lo sentían en ese momento, con la integrante imaginaria. A la medianoche salieron del taller y se encaminaron al Hotel para buscar una copa, tenían un ánimo festivo, y el Hotel se los recompensó, en cuanto atravesaron la puerta los que estaban presentes festejaron su regreso. Karim levantó los brazos hacia el cielo y gritó algo en árabe, algo que parecía un agradecimiento, porque estaba sonriente y le brillaban las mejillas de sudor, sí, pero también de felicidad. Les dio unas palmaditas en la espalda y los llevó al mostrador de la recepción, de allí sacó un atadito de papelitos: eran números telefónicos de personas que habían ido a buscarlos con la esperanza de encontrar una solución a su caso. Había muchos, y tomaría tiempo averiguar cuáles eran apropiados para sus intereses, pero ya era motivo de celebración saber que el trabajo no faltaría.

Varios tragos después, cruzaron la calle y entraron en el edificio 27. Bajaron los escalones, atravesaron el oscuro pasillo y descendieron por la escalera en espiral, hasta que se encontraron con el piso de mármol rosado, encendieron las lámparas en cascada

⁴¹ Con el perdón del lector, tuve al fin que llamarle Benja, a decir verdad, son pocas las veces en las que Rita le llama así en sus diarios, pero tiene una especial sonoridad para mí y en medio de esta inmersión en los registros encontrados, le siento ya cercano.

que colgaban del techo, admiraron la preciosista disposición de sus cristales y el labrado de sus bronces. Se tendieron en el suelo helado y mientras hablaban entre sueños, empezaron a imaginar a la próxima integrante y casi que ya la querían, aunque no la conocieran. Tendrían que esperar casi un mes para conocerla, pero en medio del optimismo de aquella noche de verano, no les importaba.

Pasaron el resto de agosto revisando los casos que les habían llegado, cada uno sentado en su silla de diseñador reciclada, frente a su escritorio. Se sentían resguardados del infierno que podía llegar a ser el puerto al final de agosto, el sótano del edificio 27 era una bendición fresca a la que nunca llegaba la luz solar. En esa época empezaron a usar las carpetas como método de organización efectivo, las iban llenando de la información que les daban los clientes y en un punto iban desechando los casos por inconsistencias o por complicaciones en la ejecución de las estrategias que proponía Benjamín. Esas carpetas acababan en el archivo (que en realidad solo era una caja, también reciclada, que habían sacado de una de las oficinas abandonadas).

Fue un verano de arduo trabajo y a medida que los días se iban acortando oleadas de ansiedad los agarraban desprevenidos ¿y si llegaba más de una aspirante? ¿Y si la única que llegaba no convenía a sus necesidades? ¿y si pasaba como con Claudio, que había parecido tan adecuado y al final casi acaba⁴² con todo? Estella terminaba armándose un cigarrillo⁴³ y escapando hacia la superficie, porque tenía un tope para tolerar las neurosis de Benjamín, pero también porque tenía que acallar su propia mente. Era difícil descubrir la psiquis de Estella, era difícil darse cuenta de donde estaban sus ardores y sus penas, porque su rostro con la perfección de una porcelana no dejaba traspasar las emociones sutiles. Pero Benjamín había aprendido que sus fugas, aquellos delicados vicios que con esmero cultivaba, eran la manifestación de sus angustias. En un comienzo le pareció que nada la tocaba, que nada la afligía, y luego pasó a pensar que las afecciones de Estella eran quizá tan profundas, de raíces tan hondas y tan intrincadas, que llevaban años soterradas y ya no sabían cómo salir al exterior o apaciguarse, si no era usando pócmias de antes y de ahora, narcóticos suaves e intensos.

⁴² No omitiremos la catástrofe que representó la incursión de Claudio en el curso del buró. Nos detendremos ella al llegar al caso de Mme. Q.

⁴³ Los contenidos de los cigarrillos de Estella fueron siempre un misterio para los que la rodeaban. Preciosistas miniaturas cilíndricas, blancas y tupidas, rellenas de vaya saber uno qué, pero de seguro no solo de tabaco, porque el olor que despedían, dulzón y a veces amargo, no remitía a nada, solo a los cigarrillos de Estella.

Para la primera semana de septiembre, ya tenían listos los casos en los que iban a trabajar en lo que quedaba del año. Lograron consolidar tres nutridas carpetas y se sentían orgullosos. Empezarían con el caso que Estella había escuchado en la peluquería, que conoceremos como el caso de los 22 engaños, el primero en el que Rita trabajó.

El 9 de septiembre, tomaron su almuerzo (cuscús con vegetales aderezados con harissa) en el Hotel. Se hicieron en la mesa que daba a la ventana y no la soltaron en toda la tarde. Como sobremesa, Karim les invitó el digestivo de la casa que era un tipo de destilado de un alcohol de grados incontables, con alguna hierba aromática imposible de identificar. A Estella le sentó de maravilla y a Benjamín lo puso en un estado adormilado y calmo, apenas justo para controlar el paroxismo de la espera. Cuando se acercaban las seis de la tarde, un temblor sin control empezó a sacudir la pierna de Benja, Estella se la sujetó y lo miró a los ojos. Benjamín recordó la punción de belleza que lo recorrió la primera vez que vio a Estella, entrando en el Hotel hacía ya casi un año, y supo que todo estaría bien. Faltando cuatro minutos para las seis, apareció frente al portón del Poseidón, una chica muy alta y muy delgada, cubierta de un abrigo negro –pese al calor que aún hacía–, con botas negras de plataforma y de amarrar, que le daban hasta las rodillas, debajo llevaba un vestido negro, también, que estaba adornado con cadenas plateadas, el abrigo estaba repleto de taches metálicos que lo hacían a la vista más estorboso. El pelo teñido de rojo y negro –claro– y la cara maquillada con la exageración de un mimo siniestro. Se quisieron morir. Se volvieron a mirar a los ojos decepcionados y en silencio acordaron dejarla ir, porque ambos estaban convencidos de que una chica gótica sin suficiente sentido común como para no usar un abrigo invernal en el último tramo del verano, no era lo que precisaba el buró. Por fortuna la chica no esperó más de quince minutos y se alejó del portal sin mirar atrás.

Contados minutos después, cuando ya solo pensaban en concentrarse en el digestivo que Karim les había ofrecido y en nada más, se sintieron observados. En la otra acera, al frente del Hotel, alguien los observaba atónita. No miraba hacía el edificio que era el punto de encuentro, sino que miraba hacía el Hotel, y los miraba a ellos como si hubiera pillado a un par de espantos.

A Rita, que estaba preparada para llegar a esa cita desde el día que había encontrado la tarjeta de invitación, se le había hecho tarde. Debía cuidar a un niño en el lado oriental de la ciudad, había acordado con la madre que saldría a las 5:30 p.m. y ella muy confiada le había dicho que incluso llegaría antes, sin embargo, dieron las 5:40 y la mujer no llegaba. Rita llegó a contemplar la idea de dejar al niño solo, con una nota que dijera: “Lo dejo, no volveré a cuidar a su hijo nunca más”, pero supo enseguida que no sería capaz de cerrar la puerta tras un niño que acababa de despertarse de una larga siesta y que hasta ahora tomaba su merienda. La madre llegó a las 5:50 con la excusa de no tener el efectivo suficiente para pagar el turno de la niñera. Rita le sonrió, se disculpó y salió corriendo mientras la maldecía en silencio. Logró tomar el metro que le servía apenas llegar a la estación y al bajarse corrió nuevamente con las energías que le quedaban.

Aunque había pasado algunas veces cerca de aquel lugar, por su cercanía con el Canasto y con el Puerto, nunca se había adentrado por las callecitas de ese recodo, porque parecían abandonadas y quizá peligrosas, a medida que iba avanzando, se empezó a preguntar qué estaba haciendo, y por qué se había entregado con tanta devoción a la idea de ser una actriz para un proyecto incógnito, que podría ser de todo, hasta una porno, muy seguramente una porno. Ahí se detuvo, y pensó ¿cómo no se le había ocurrido antes que de eso se trataba la tal invitación!? La cosa era que Rita llevaba un mes entero soñando con esta audición, en medio de su desazón, esta ilusión se había vuelto su motivo para seguirse levantando mañana a mañana a cuidar niños o ancianos, o plantas, o gatos, o perros. Cuando estaba a punto de dar media vuelta y buscar nuevamente la estación del metro antes de que oscureciera, vio el Hotel, y se sintió atraída por sus luces diferentes, cálidas en un costado y frías en el otro, el letrero de otros tiempos y su particular sala de espera, tan concurrida. Entonces se concentró en el ventanal del costado cálido del Hotel y vio allí sentados a la mesa, nada más ni menos que a la Vampira y al chico peculiar del indescifrable taller del Canasto. Estaban ahí, sentados juntos, compartiendo una copa al parecer. ¡Qué cosa magnífica! –Pensó Rita– ¡estos dos se conocen! Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba ya en la calle donde era la cita, la calle Paul Éluard –la calle 27–, vio al edificio y a su portal sinuoso, sintió la cercanía del mar y al girarse nuevamente hacía el Hotel, se dio cuenta de que la Vampira y el chico la miraban concentrados, con un gesto parecido a la dicha.